

DOSSIERES BRUGUERA

la conquista del

ESPACIO

DINOSAURIO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

ISBN: 9780000000002

Generado con: QualityEbook v0.61

PRIMERA PARTE — TIERRA: PLEISTOCENO

CAPÍTULO PRIMERO

LA Tierra era noche.

La noche parecía eterna. Y el suelo hervía; y las aguas eran fango candente, burbujas vivas, en ebullición constante.

Los líquenes y musgo cubrían los suelos rugosos. Y el cielo era torvo. Torvo y lúgubre, oscuro y siniestro Porque la noche no era sólo oscuridad y convulsión. Porque la noche era, también, oscuridad en las mentes, vacío en los cerebros, brutalidad y tinieblas en el entendimiento. Que ni siquiera era entendimiento.

El amo y señor de aquel mundo crispado, rugiente, hecho de fuego, de barro y de carne viva y monstruosa, era gigantesco, voraz y cruel.

El amo y señor era un animal ingente. Uña masa viva y feroz. Una bestia colosal, ciclópea. El amo y señor de vida y muerte, era aquel monstruo de larga cola, de cuerpo duro y pesado, de enormes fauces, de dientes afilados como inmensas cuchillas...

El Dinosaurio.

El Dinosaurio llevaba milenios gobernando aquel trozo incandescente de tierra y de agua. Desde el remoto Triásico inferior. A través del Jurásico y del Cretácico... A través de millones de años.

A través de una verdadera eternidad.

Entonces, mientras la furia dominante de los enormes dinosaurios cedía lentamente, mientras su estirpe ciclópea empezaba a decaer, aunque fuese temible..., surgió algo pequeño, huidizo, astuto y vivaz: el mono.

Luego, el Gran Enigma. El oscuro misterio de la Evolución.

Y apareció la nueva criatura: el homínido. El humanoide.

El futuro Hombre...

Entonces empezó todo. Entonces empezó nuestra historia.

Una extraña historia de millones de años, de millares de siglos, de una eternidad sin aparente principio ni fin, donde la vida era la gran incógnita. Donde la Inteligencia, convertiría a un simple antropoide en un primate. Y al primate... en un nuevo ser. En un nuevo ser llamado... HOMBRE.

* * *

—Hombre...

—Sí —afirmó Gaal—. Hombre. Eso dije.

—Pero eso significa...

—Significa lo que tú y yo sabemos, Ptak —murmuró lentamente Gaal, asintiendo con solemnidad—. Lo hemos encontrado al fin.

—Pero en ese mundo..., ¿estás seguro?

—Completamente seguro. El computador no se equivocó jamás. No puede equivocarse precisamente ahora, Ptak.

—Esperemos que no —Ptak, ceñudo, contempló aquel mundo rojizo, nuboso, envuelto en densos gases que se extendía bajo el gran visor de su nave—. Desciende. Pero adopta toda clase de precauciones. Puede ser un mundo hostil a nosotros.

—Podría serlo. Nunca se saben esas cosas —aceptó Gaal, pensativo—. Pero hemos de correr algunos riesgos. La misión lo exige.

—Bien lo sé —paseó por la amplia, curva, cristalina estancia de considerables dimensiones y luminiscentes muros que realzaban sus altas, estilizadas figuras de seres inteligentes, superiores, arrogantes y dotados de capacidad mental fuera de lo común.

La nave empezó a descender sobre las brumas rojizas y oscuras del planeta misterioso hallado en su largo peregrinaje galáctico. Ellos contemplaron la maniobra por los visores.

Cuando se hundieron en la niebla nubosa, Gaal contempló los indicadores de a bordo. Señaló, preocupado:

—La temperatura exterior aumentaba mucho. Debe tratarse de un mundo en formación.

—¿Y ahí... puede haber hombres? —dudó Ptak.

—Los hay, sin duda.

—Ojalá no se equivoquen los computadores —deseó Ptak—. No podemos perder mucho más tiempo...

—No, no mucho más... —convino Gaal. Miró con expresión profundamente reflexiva a la imagen planetaria de la pantalla

visora. Sentenció, solemne—: No existe error. Sea donde fuere, bajo esas densas nubes calientes... hay vida. Vida animal inteligente. Algo que es o se parece a un hombre...

—¿Y si existe... nos servirá?

—Si existe... tiene que servir. Y yo sé que existe, Ptak. Lo sé. Está ahí abajo, a nuestros pies. Acaso esperándonos, sin él mismo saberlo...

Los ojos de Ptak se clavaron abajo, en el mundo crispado, rugiente, hecho de fuego, de tierra, de agua, de vapor denso y candente... Hubiera querido penetrar ya en el denso palio de nubes, atravesar aquella barrera que hacía invisible y enigmático el mundo sobre el que navegaban.

Pero supo que aún debía esperar. Y confiar. Esperar que, realmente, hubiera allí, en un cuerpo celeste convulso, en formación geológica un ser llamado Hombre...

Era la única esperanza. La última para ellos...

Sólo eso: un Hombre. O lo más parecido a él.

* * *

El Hombre se movió, en la noche de los Tiempos.

El Hombre elevó los ojos a un cielo que no podía ver, entre gigantescos helechos, vapor de agua, nubes rojizas y de humo, entre el gorgoteo de burbujas de fango ardiente, en los pantanos de borrosos límites, perdidos en el yermo caliente.

Se dio un manotazo con su Velluda zarpa, quitándose la humedad de la faz rugosa y salpicada de vello, bajo la larga melena hirsuta. Los ojos astutos, malévolos, miraron en torno, llenos de simple recelo, de temor, de incertidumbre.

El Hombre supo que tenía cerca a su enemigo. A su peor enemigo. Y, a veces, su mejor amigo, también, porque sólo él, una vez muerto, podía proporcionar abundante carne para él y para su tribu.

El Dinosaurio.

La bestia, la fiera salvaje y voraz. Siempre tenía hambre. Devoraba a los primates por centenares. A su vez, cuando los primates tenían suerte, la bestia era también devorada. No había otra ley. Siempre la del más fuerte, la del vengador, que devora al vencido. Una ley que, tal vez, andando los milenios, nunca se dejara de aplicar entre seres de una más pretendida inteligencia y

civilización.

Pero eso el, el Hombre no lo sabía. No podía saberlo... El Hombre no sabía nada aún. O apenas nada.

Sólo sabía ahora que el Dinosaurio estaba cerca. Muy cerca. Acaso confiado. O acaso al acecho de él, de sus compañeros, de su gente..

Bien; Se trataba de luchar. Una vez más, luchar. Siempre había que luchar. Contra todo, contra todos... Incluso entre ellos mismos. Con otros primates. Con otras tribus. Siempre por comer, por sobrevivir...

Sobrevivir...

Esa era la gran pugna. El gran conflicto del ser viviente. Luchar. Sobrevivir...

Y, a veces, morir. Ahí terminaba todo.

El Hombre no esperaba morir aún. No esta vez. Tenía que sobrevivir. Y luchar. Con el Dinosaurio. O con lo que fuese aquello que acababa de hacer crujir bruscamente los helechos gigantes, al borde del pantano hirviente.

El crujido se repitió ahora. El Hombre buscó entre las pieles que envolvía toscamente su cuerpo. Extrajo el arma. Su arma. Esperó, agazapado. La vista fija en la oscuridad matizada de rojos resplandores siniestros.

Se repetiría pronto lo de siempre: la pugna contra la fuerza virulenta de la Naturaleza. Contra los grandes señores de la tierra. Aquellos que, partiendo de simples peces y reptiles marinos, pasan a ser anfibios, alguna vez allá atrás, en la noche de los largos tiempos. Y que ahora, agigantados, ciclópeos, eran los colosos del planeta., Sumergidos en mares o pantanos, o arrastrando su mole de largo cuello y extraña giba por las panorámicas de un mundo convulso, caótico, hirviente y rojo.

El Hombre, la criatura inteligente de la Creación, iba a competir, una vez más, en la gran batalla por la existencia.

Y el resultado de ese lucha... nunca se sabía cuál iba a ser.

La hojarasca húmeda, fangosa, se agitó. En el ámbito cálido, bochornoso, cargado de nubarrones ardientes, que hacían chorrear la transpiración de la rugosa piel de los primates en tránsito hacia el homicidio, sonó un ruido sibilante, amenazador. Luego, fue un bramido salvaje, sordo, que restalló entre la espesura del triásico,

verde, siena y amarillo, en una sinfonía caliente y sulfurosa, de los albores de un mundo que iba hacia la vida, hacia la formación de un futuro vital y, quizá, trascendente en la historia de los mundos habitados de un remoto futuro...

Por él momento, nada de eso contaba. Futuro, civilización, Humanidad, otros mundos, todo era pura utopía. Allí sólo contaba el Hombre. Y el Dinosaurio, frente a él.

Dos seres de muy diferente formación física, frente a frente. Una vez más...

Y así, hasta el fin de los tiempos. Al menos, de los tiempos actuales. De la aurora de los seres vivos sobre un planeta que se enfriaba paulatinamente. Aunque acaso, en un remoto mañana, las cosas volvieran a ser iguales. O muy parecidas.

Súbitamente, el Dinosaurio apareció entre la espesura, despidiendo chorros de fango caliente a su alrededor. Emitió un rugido aterrador al descubrir a su adversario de siempre.

Hombre y monstruo se enfrentaron en pugna mortal.

Una terrible mole de toneladas de maciza carne cubierta de dura piel, cayó sobre el casi indefenso y débil pitecántropo.

El Hombre, más allá del Homo habilis, más acá del Homo sapiens, se encaró a su eterno destino de lucha, de esfuerzo, de feroz defensa de su vida y la de los suyos...

El apocalíptico encuentro tuvo lugar. Las pezuñas enormes de la bestia, le buscaban. Sus fauces, también. Su corpachón maniobraba pesadamente, pero si obtenía una simple victoria parcial, ésta sería forzosamente total, dada la desigualdad de fuerzas...

Repentinamente, el hacha de mano, la piedra afilada, punzante, tallada a golpes por el primate, descargó sobre la cabeza del monstruo, y perforó su ojo. El rugido conmovió el paisaje. Tembló el suelo, se quebraron los tallos, saltó el barro...

El Hombre había logrado remontar la mole de la bestia, cerca de su largo cuello articulado. Y el impacto del hacha de mano, diestramente lanzada por el musculoso y velludo ser erecto, fue seguro. El animal estaba ya tuerto.

Pero el Hombre se había quedado sin armas. Era un enano, un minúsculo adversario, contra un monstruo titánico, enorme. El Dinosaurio, enloquecido por, el dolor, se convulsionó, revolcándose en tierra, procurando aplastar bajo su peso al enemigo diminuto y

despiadado.

Pero el Hombre aún conservaba algo que no terminaba en la pérdida de sus armas: el chispazo de la inteligencia incipiente, el inicio fulgurante de, "algo", del Conocimiento, de la Razón acaso...

Rápido, brincó, como cuando se lanzaba de las lianas húmedas de los paisajes pantanosos. Rodó lejos de la bestia, que en su arrastrar dolorido, entre bramidos lastimeros, desgajó plantas, trituró arbustos, levantó aludes de tierra o de fango caliente.

Y con celeridad, su mano velluda, poderosa, de dedos firmes y bien articulados, tomó otro objeto: una larga caña quebrada, procedente de uno de los arbustos rotos. Acaso era un arma nueva. Acaso él ni siquiera supo que acababa de inventar una lanza. Ni le preocupó. Lo importante eran los resultados.

Obtuvo esos resultados.

La caña fresca, quebrada, punzante, fue contra el segundo ojo del animal, un perfecto brontosaurio de dura epidermis gris, como la piedra ardiente de las lavas volcánicas.

Esta vez, el rugido fue estremecedor. El animal brincó, poniéndose en pie. Su bramido emitió tal fuerza, tal aliento, que lanzó de espaldas, dando tumbos, como si fuese un vulgar insecto, al humanoide que había osado llegar tan lejos.

De estar dotado de visión el brontosaurio, allí hubiera terminado el Hombre su camino incipiente de luchas y de esperanzas, de esfuerzos y de afanes por sobrevivir y ser algo o alguien en un futuro inmediato, en marcha hacia otro más remoto qué escapaba, naturalmente, a sus muy cortas luces.

Pero el monstruo estaba ciego. El monstruo no veía. Aun así, avanzó, en la tiniebla recién estrenada de sus ojos rotos. Casi pisoteó al Hombre. Este logró caer en el fango caliente, empaparse de él, rebozarse en el repugnante caldo espeso y grisáceo, entre líquenes enfermizos y plantas lujuriosas, de un verde lívido, bajo el albor de la vida en la Tierra.

Caminó alocadamente. Se estrelló contra unos peñascos enormes, que derribó con su peso. Recibió algunos de ellos en su cabeza. Aturdido, dio unos pasos más, todos ellos de enorme magnitud, dada su naturaleza ciclópea. Pero al fin, perdió el equilibrio, al borde de un alto barranco. Se fue abajo, dando tumbos sobre rocas y tierra. Se quedó inmóvil, agitándose malherido, con la

cabeza sangrienta, la boca de grandes colmillos babeando espuma rojiza, allá en el fondo de la sima.

Y muchos primates, muchos hombres erectos, como el Hombre, aparecieron por doquier, cayeron sobre el animal caído... Hachas de piedra y sílex, lanzas cortas, útiles de talla pétrea primitiva, cayeron encima, en alud, hendiendo su carne, su piel, triturando su cabeza, haciéndole colear y agitar las patas, en feroz agonía.

Finalmente, se quedó quieto. Muerto.

El Dinosaurio estaba vencido. Había comida para jornadas enteras. Comida para todos.

Alzaron sus cabezas. Miraron a lo alto. Al borde del barranco. Allí, el Hombre agitaba sus brazos poderosos, triunfante. Había vencido: El gran enemigo estaba muerto. La despensa, llena. Su tribu no padecería más hambre en la dura estación de los calores bochornosos y la emigración de los Dinosaurios.

Un clamor se elevó de la masa. Homínidos de ambos sexos, de melenas igualmente largas, menos velludas las hembras, alzaron sus brazos en salutación ritual. El rugido triunfal fue un loor, un honor, un homenaje primitivo al primario ente humanoide que acababa de triunfar, una vez más, sobre el secular enemigo de la fauna antediluviana.

La vida seguía, pese a todo.

La vida de los primates convertidos en homínidos erectos, cercanos al futuro Homo sapiens en quien nadie podía pensar aún, continuaba adelante, una vez más.

Y así..., ¿hasta cuándo?

CAPÍTULO II

—¿HASTA cuando, Ptak?

—No lo sé, Gaal. Tú eres el Hombre de Ciencia. Tú sabes, no yo.

—Hay cosas que nadie sabe. Sólo el Futuro lo sabe. Sólo Dios...

—Dios... —Ptak hizo un gesto de asentimiento—. ¿Será también obra de Dios eso que vemos allá abajo? Parecen monos, antropoides, no seres humanos, Gaal.

—Lo dije antes. E insisto. Son hombres.

—Muy primitivos... Muy rudimentarios... Casi bestiales.

—Casi. Pero no son bestias. Piensan. Hacen cosas. ¿Entiendes, Ptak? El que HACE algo, no es un animal. Es un ser consciente. Tiene inteligencia.

—Pero muy escasa, Gaal.

—Claro. Muy escasa. De nosotros depende lo demás. Tú buscabas hombres. Hemos encontrado hombres; ¿Eso no basta?

—En principio, quizá sí. Pero me pregunto... Si luchar contra un simple monstruo sin raciocinio les cuesta tanto..., ¿qué sería si les dijéramos que...?

—Espera, Ptak. No te precipites. Tenemos diferente concepto de las cosas tú y yo. Procedemos de un mismo mundo, pero somos distintos. Tú eres un guerrero. Yo, un sabio. No vemos las cosas de igual modo. Tú necesitas soldados. Yo... cerebros.

—¡Cerebros! ¿Llamas "cerebro" a lo que tienen esos pobres seres? —se quejó desdeñosamente Ptak, señalando al planeta hirviente que sobrevolaban.

—Sí. Le llamo cerebro. Escasa y pobremente desarrollado. Pero cerebro, a fin de cuentas. Observa su lucha. No tienen medios. No manejan aún el metal. No sé si conocen la utilidad del fuego. Sólo pulen armas con trozos de piedra. A golpe de piedra también. Son

una especie primaria. Pero con unas simples armas casi naturales..., han vencido al enemigo tradicional, infinitamente más fuerte que ellos. Y no sólo eso; han llenado su despensa para tiempo. ¿Observaste cómo descuartizaban y preparaban al animal?

—Lo he observado todo. Lo que me preocupa es... su modo de razonar, lento y dificultoso, su aspecto primario... No saben lo que es una ciudad, no saben leer, escribir o crear nada.

—No sabemos aún... —suspiró Gaal—. Esperemos un poco, Ptak, antes de decidirnos. Hemos conocido a uno de ellos. Al Hombre, en suma. Es más de lo que yo esperaba. Veamos cómo transcurre su vida, cómo piensan, cómo actúan... Su idea de la sociedad, del sexo, de la convivencia, su modo de utilizar sus cortas y escasas luces... Veamos todo eso. Luego podremos resolver. ¿De acuerdo, Ptak?

El alto, arrogante y severo guerrero Ptak, se volvió hacia su compañero de viaje cósmico, el científico Gaal. Afirmó, despacio:

—De acuerdo, Gaal —aceptó—. De acuerdo. Esperemos aún...

* * *

El Hombre contempló tristemente la gran caverna, iluminada por el fuego que ardía al fondo, proveniente de la boca del cráter subterráneo. Aquello les daba luz y calor en las noches inclementes. En cierto modo, era un manantial de vida, de esperanza. Pero en otras ocasiones, despedía lava ardiente y hacía temblar o agrietarse el suelo y los muros, en un peligro contenido y latente.

Al Hombre no le gustaba la presencia de aquel fuego natural dentro de la enorme cueva donde todos convivían. Era la tribu del Norte. Tribu rubia, alta, vigorosa. Muy diferente a la tribu del Sur, pequeños hombrecillos de pelo negro y tez oscura, de ojos malévolos y negros. Ellos los tenían más claros. A veces, casi tanto como las aguas de los pantanos fríos...

El Hombre terminó de limpiar su hueso de brontosaurio. Se sintió satisfecho. Tiró el hueso pelado hacia el montón de huesos de donde luego obtenían recipientes y adminículos para comer, cocinar o defenderse. E incluso adornos para el cabello y los atavíos de toscas pieles.

El leve gruñido de Ella, sonó cerca. Se volvió. Contempló los muslos bronceados, limpios de vello. No sabía por qué, eso siempre le excitaba. Ella era tan diferente... Tan rubia, tan robusta, pero, a la vez, tan delicada, tan falta de vello... Apenas sí las pieles

fraccionadas podían cubrir todo lo que tenía su cuerpo, tan generosamente amplio y bien torneado.

El Hombre estiró sus labios en algo parecido a una sonrisa. Le gustaba que ella le mirase y emitiera gruñidos tan suaves, tan melodiosos... Avanzó hacia la rubia hembra. Esta, sinuosa, se enroscó entre sus pieles, aguardándole. Y le recibió, complaciente, en su rincón de la caverna...

Fue un error. El Hombre debió pensarlo. Ella, también.

Pero ninguno lo pensó. Su instinto fue superior a todo. Su mutua atracción, también. Estaban estrechamente abrazados, cubiertos de pieles en aquel oscuro rincón, cuando apareció el Gigante.

Era alto. Mucho más alto que todos. Medía al menos, por encima de la cabeza del Hombre, como tres o cuatro cabezas más. Además de ser tan alto, era fuerte. Muy fuerte. Y poseía una fiereza especial. Era un gran cazador. Tenía autoridad. Era el jefe del grupo, el señor de la tribu.

Llevaba tiempo lejos de su tribu. Había ido a cazar. Pero no sólo animales, sino también reptiles y peces. Traía caza y pesca, a rastras. Trozos de carne seca, pescados desecados al calor de los volcanes... Mucha comida. La dejó a la entrada de la caverna. Fue hacia Ella, ávido de caricias y de afectos tiernos de su compañera rubia.

Entonces vio al Hombre. Entonces supo que Ella no le era fiel en sus ausencias...

El Hombre también le vio a él. Se puso en pie de un salto. Se quedaron mirándose ambos. Fieramente, coléricos, celosos de ella. Dos homínidos primitivos, dos humanoides machos, enfrentándose por una hembra... Era el principio de todo. Era ley natural de todo ser viviente.

Un rugido del rubio Gigante hizo volver a todos sus greñudas cabezas. Se arrastraron, gozosos, esperando ver el choque feroz, violento, despiadado. A muerte. Como era siempre un choque, entre el Gigante, el amo de todos, y cualquiera a quien él no deseara en su tribu.

Ella se encogió, medrosa, clavando sus ojos en los luchadores. Cuando ambos chocaron rudamente, emitió un grito leve. No parecía de temor, sino de complacencia. Era una hembra, después de todo.

La lucha era feroz, despiadada. Uno de ellos había de morir. El otro, sobreviviría, si sus heridas en el duelo no eran mortales. A veces, los dos enemigos terminaban muertos.

El Hombre, el más pequeño, luchó desesperado, valientemente. Su fuerza física y su contextura, era muy inferior a la del Gigante. Aún así, derramando sangre por sus heridas, bajo los impactos del hacha de mano, del enemigo, siguió en pie, batallando con furia, con exasperación sin límites...

El Gigante se dispuso a rematarle, complacido, con un aullido de triunfo, cuando él resbaló y cayó de espaldas, indefenso, perdiendo su hacha de mano. Se abalanzó sobre él.

La inteligencia y astucia del caído fue decisiva. Rodó sobre sí mismo, dejando caer de bruces al Gigante. Luego, se irguió un momento, y descargó un rodillazo en los riñones del enemigo, y un doble mazazo de sus puños en la nuca. El Gigante rubio, pese a su fortaleza, se debilitó, exhaló un gemido, y su mano se abrió, soltando la pieza de piedra, el hacha de mano.

Rápido, siempre siguiendo la ley de la lucha por matar o morir, el Hombre tomó ese arma, la alzó, para degollar al vencido.

Ella gritó, despavorida. Ella corrió a él, implorante. Se arrodilló. Besó la rubia melena y el cuerpo sudoroso y pálido del Gigante abatido. El Hombre, perplejo, dudó ante la falacia de la mujer, cuyos pensamientos no entendía bien.

Nunca debió dudar. Fue su error. Y allí, los errores se pagaban con la vida.

El Gigante, medio rehecho, aprovechó la debilidad de su adversario, compadecido por las muestras de dolor de la hembra. Enroscó sus poderosas piernas en torno al brazo y cuello del Hombre. Le derribó. Luego, se alzó, triunfante, y le pegó con la piedra en la sien.

El Hombre quedó quieto, inmóvil. La sangre corrió desde su corte lateral...

Parecía muerto. Quizá lo estaba. De cualquier modo, al enemigo vencido, muerto o herido, se le remataba. La rubia hembra dio saltos de júbilo en torno al ser con quien había engañado al Gigante. Sabía que era su modo de salvar la vida. El Gigante la miró, desapareciendo su ira lentamente del semblante. Sacudió la rubia cabellera, con una risotada.

Luego, se inclinó, disponiéndose a cortar el cuello del vencido, como final de la pugna. Los miembros de la tribu comenzaron a entonar un cántico profundo, lúgubre, de gruñidos algo melodiosos, como una melopea funeral.

El Gigante cambió de idea. Frunció el ceño. Negó con la cabeza. Hizo un gesto hacia el exterior. Luego, agitó sus manos, aleteando.

Hubo un rugido colectivo de júbilo la idea les gustó a todos. No hacían falta palabras ni sonidos. Ellos no los empleaban. El gesto del Gigante había sido expresivo, lo bastante elocuente.

Afuera fue conducido el Hombre. Ella, la rubia Ella, reía y cantaba guturalmente, colgada dócilmente del Gigante, que parecía haber olvidado ya la infidelidad.

Subieron una rampa escarpada, pedregosa, por encima de su caverna. Arriba, en la cima, una especie de enorme cuenco rocoso, mostraba en su fondo briznas de hierbas y ramajes. Y huevos.

Huevos de ave. De Pterodáctilo.

Allí depositaron al Hombre inconsciente, medio muerto, sangrante. Retrocedieron, jubilosos, alejándose. Allá, en la distancia, hubo un graznido poderoso. Una sombra titánica aleteó en el cielo nublado.

El ave fabulosa, el Pterodáctilo de afilado pico erizado, de colmillos dentados, de alas membranosas y amplias, de garras curvas y oscuras, de ojos rojos y malévolos, había intuido ya su presa.

El rudimentario sacrificio humano al voraz pterodáctilo iba a consumarse. El ave temida, tendría alimento para sí y sus monstruosas crías. Y ellos, los primates, se divertirían con ellos. El Gigante había tenido una gran idea. Aunque el espectáculo lo verían todos a distancia muy respetable, lejos de donde el ave siniestra pudiera hacer también presa en cualquiera de ellos...

El destino del Hombre parecía sentenciado irremisiblemente.

* * *

—¿Y ahora, Gaal?

—Ahora, es preciso hacer algo. O lo perderemos definitivamente.

—Ese Gigante parecía también capacitado...

—Te engañas de nuevo, Ptak —sentenció Gaal—. Hablas como guerrero. Ese Gigante rubio sería un buen soldado. Pero no tiene el

cerebro tan desarrollado como su víctima. Recuerda esa lucha. La ganó el Hombre, pese a ser más débil que el otro. Sólo un factor evitó su triunfo.

—¿La mujer?

—La mujer, sí —sonrió Gaal—. Eso ha sucedido siempre, ¿no crees?

—Por tanto, nuestro Hombre no es perfecto.

—¿Algún hombre lo fue alguna vez? —se burló Gaal, risueño—. Buscamos un Hombre, recuerda. Con todo lo bueno y lo malo, lo imperfecto y lo útil de cada uno de ellos. Lo hemos hallado. Ahí está, frente a nosotros. A punto de ser devorado por un pterodáctilo...

—¿Entonces ..

—Vamos —suspiró Gaal, sentándose ante los controles de la gran astronave—. Es el momento de intervenir. Utilizaremos el microturbo. Es más práctico para esta tarea...

—Espero que no te equivoques, Gaal —suspiró el soldado Ptak, solemne.

—Ojalá no me equivoque. Costaría una eternidad hallar otros hombres en el Universo. Y no disponemos de tanto tiempo...

—No. No disponemos casi de ningún tiempo, Gaal.

* * *

El Hombre despertó justo a tiempo.

Aturdido, miró por encima de sí. Descubrió el cielo nuboso y torvo, los frecuentes fulgores de las descargas eléctricas en las altas capas atmosféricas, el rojo resplandor de los volcanes allá abajo...

Y vio al Pterodáctilo.

La enorme monstruosa sombra alada notó sobre su cabeza, allá lejos, en el patio de oscuros nubarrones tétricos. Descendía, planeando, voraz, abiertas sus fauces, de dentados colmillos ávidos.

Bajo el cuerpo del Hombre, crujieron las duras cortezas grisáceas de los grandes huevos de pterodáctilo, situados en el nido de roca viva. Las crías pronto saldrían. Y comerían despojos humanos que su servicial padre les dejase. Despojos suyos...

Se agitó, pretendiendo hacer algo por eludir su terrible destino. No le fue posible.

Estaba herido, débil, agotado. Y aquel cuenco de piedra era insalvable, en tales circunstancias, con sus resbaladizas paredes

cóncavas.

Descubrió, en la distancia, parapetados entre matojos y rocas, a sus compañeros de tribu: Con el rubio Gigante al frente. Y Ella, colgada de su brazo, rendida... Él Hombre supo entonces lo poco que podía esperar de la lealtad de las hembras de su propia especie...

El pterodáctilo descendió veloz hacia él, planeando con sus largas alas membranosas y puntiagudas. Emitió un chirrido espeluznante entre sus largas fauces.

El Hombre cerró sus ojos, esperando el sacrificio final. Y la muerte.

Entonces surgió lo imprevisible. Lo fantástico, lo extraño. Lo que no tenía sentido para el Hombre. Ni para el Gigante, ni para Ella, ni para los demás primates... Ni para el Pterodáctilo, por supuesto, en su descenso ávido hacia el nido donde le aguardaba el inesperado festín...

Entonces apareció; entre nubarrones y jirones de brumas calientes, entre vapores sulfurosos y nieblas de amoníaco, una forma extraña, como un pez volador, sin alas. Una especie de óvalo celeste, platinado, centelleante, ágil y vertiginoso, de fácil maniobra y fulgurante desplazamiento.

El Pterodáctilo emitió un chirrido agresivo. Se abalanzó, agitando ruidosamente sus alas poderosas, hacia la diminuta forma flotante. Parecía fácil presa para sus fauces y garras.

Pero apenas tocó la superficie metálica de la diminuta nave voladora, ocurrió algo asombroso.

Hubo un centelleo cegador, como la horrisona descarga de cien relámpagos a la vez, y el cuerpo todo del ave se convirtió en algo negruzco, informe. Descendió, humeante, hacia los pantanos. El cuerpo, de alas membranosas, no era sino una oscura pavesa sin vida...

El horror y el pánico ante lo incomprensible, atenazó a los tribeños, que corrieron despavoridos, alejándose de su punto de observación. Él Gigante rubio, pese a su probado valor en mil luchas desiguales, no fue una excepción en la escapada.

La nave sobrevoló, en círculos, el nido de piedra del Pterodáctilo. Descendió, en tanto el Hombre, extrañado, abría sus ojos, sin entender por qué estaba aún vivo, y las fauces del

monstruo alado no habían hecho presa en él.

Descubrió, asombrado, la plateada forma volante, y emitió un leve grito ronco, de incompreensión y asombro. Descubrió, también, la forma del pterodáctilo calcinado, cayendo hacia las charcas fangosas de los pantanos en ebullición.

No lo entendía. No sabía lo que pasaba, pero de algo estaba seguro: aquello fuera lo que fuese, había salvado su vida sin lugar alguno a dudas. Y ahora..., ¿qué iba a suceder ahora?

¿Era aquella "cosa" una nueva especie de animal feroz, que había eliminado a su rival, para obtener para sí el festín? Sin duda tenía que ser eso, pensó su mente roma y oscura, todavía poco despierta a las cosas que no conocía.

Tras él, se quebraban los huevos de pterodáctilo. Crías oscuras y viscosas brotaban de los rotos cascarones, emitiendo chirridos agudos y desagradables. El Hombre miró a las crías de pterodáctilo con angustia. La nave sobrevoló el nido...

Hubo una especie de chorro luminoso, color cárdeno. Hubo un reventón de luz y de chillidos ante él. Las crías se dispersaron, reventando en fragmentos abrasados, Oscuros.

El Hombre, aterrado, intentó evadirse del cráter natural de piedra, temiendo ser asimismo aniquilado por la rara "cosa" voladora. No pudo sino intentar escalar las paredes del gigantesco nido natural, para caer al fondo, dando volteretas.

La nave descendió hacia él. Aterrorizado, vio brotar de ella otro chorro de luz, esta vez verde, espectral, fantástica, como las vegetaciones lívidas de los grandes pantanos fríos...

El Hombre quiso moverse, y no pudo. Quiso gritar, y no le fue posible. Quiso hacer algo, y no hizo nada. Quiso pensar y tampoco lo logró.

Dejó de sentir, de ver; dejó de experimentar cosa alguna. El vacío se hizo en su mente primitiva, allá en el albor de la vida inteligente de su planeta...

CAPÍTULO III

—**BIEN.** Ya lo tenemos. ¿Y ahora?

—Ahora... esperemos que todo salga conforme a lo previsto.

—¿Tienes esperanzas en ello, Gaal?

—Tengo fe en mi trabajo, sí.

~¿Y en él?

—También. Es un primate. Un humano incipiente, sin duda alguna. Piensa. Y eso es lo importante. Si piensa, es que tiene cerebro. Y sabe utilizarlo, además. —No sé hasta qué punto... — Ptak, dubitativo, contempló la inerte figura tendida, rígida, inconsciente, dentro del cilindro de vidrio, sometido a determinada temperatura, en hibernación total para salvar las grandes distancias en el Espacio y el Tiempo, en camino hacia alguna parte—. Su aspecto no es convincente, Gaal...

—Estamos habituados a conocer seres humanos de muy distinta evolución —dijo Gaal, despacio—. Nosotros fuimos también así, en nuestro remoto pasado. Entonces, de alguna manera, nos llegó la Luz. Y pensamos. Y fuimos criaturas inteligentes. Fue el toque, el soplo de Dios. El momento cumbre de la Creación, en toda especie inteligente. A ellos aún no les ha llegado ese instante, o está evolucionando con lentitud, allá en su mundo. En nuestras manos está ahora darle inteligencia a ese ser. Posiblemente, en un futuro remoto, se diga en ese planeta que hubo un eslabón perdido.

Y seremos nosotros, Ptak. Nosotros, pueblo elegido por el Creador, para llevar el entendimiento y la luz que Él nos otorgó, en nuestros albores, a otras criaturas humanas del Universo.

—Todo eso suena muy bien. Pero es simple teoría. Ese ser acaso reaccione como un vulgar antropoide.

Y todo se habrá perdido.

—El examen inicial no es desalentador, Ptak. Conforme que no tenemos un dechado de inteligencia ni humanidad. Pero es una criatura a medio camino entre los primates y el ser humano, o el homo sapiens propiamente dicho. Los índices computados son pobres: cerebro, un 68 por ciento de desarrollo total. Inteligencia, un simple dos por Ciento escaso. Modo de comunicación con otras criaturas, un dos y medio por ciento de su capacidad posible. Físicamente, tiene un sesenta y cinco por ciento de primate y un simple treinta y cinco por ciento de humano. Su índice de capacidad es de un setenta y ocho por ciento, lo que le Convierte en un ser velludo, próximo a su origen animal. Hemos de imaginar que harán falta un millón o dos de años para que ese mundo ofrezca una especie propiamente humana y una sociedad civilizada medianamente.

—¡Y ésa clase de criatura que hemos recogido nosotros! —suspiró Ptak, asombrado—. Cielos, Gaal, ¿de qué ya a servirnos adonde vamos? Estamos separados de ellos, no ya en el espacio, sino en el Tiempo y en él el desenvolvimiento biológico, por auténticas simas de milenios enteros. El experimento no resultará, Gaal. No puede resultar...

—Estoy seguro de que resultará. Muy seguro, amigo mío.

—¿Cómo vas a conseguirlo?

—Ante todo, haciendo evolucionar aceleradamente a este ser. Si su naturaleza lo soporta, espero dotarle de un mejor aspecto humano, de un índice, muy inferior de capilaridad, aunque no llegue nunca a ser totalmente calvo, cómo nosotros. Espero modelar su mente, reactivar sus células grises, acelerar su proceso de comprensión, de expresión por la palabra y el sonido, e ir formando su cerebro de modo paulatino, hasta que, entienda todo lo que es, lo que significa, lo que se espera de él, allí adonde ahora vamos. En suma, lo que puede representar en la evolución de las especies inteligentes de los mundos hechos por el Creador.

—¿Lo entenderá?

—Es absolutamente preciso que lo entienda —caminó hasta el tubo transparente donde yacía el ser extraño, velludo y dormido. Lo contempló, absorto—. Tengo fe en ese hombre, Ptak. Tengo fe, y eso es importante. Muy importante...

El guerrero Ptak no dijo nada. Contemplaba el exterior de la

nave, por los visores de a bordo. El planeta envuelto en brumas se perdía en la distancia, allá en el negro-azul de los espacios.

—Suerte, Gaal —deseó, pensativo—. Vamos a necesitarla, antes de llegar a Argos.

* * *

El Hombre supo que se llamaba Novo. Y no supo por qué. Pero se llamaba así: Novo.

El Hombre supo que estaba en otro lugar. Y no supo por qué. Supo que estaba, lejos de su mundo habitual, y tampoco supo la razón.

—Sí. Tu nombre es Noyo. Y estás lejos de tu planeta.

Pestañeó. Miró ante sí. Aquello que sonaba eran palabras. Frases. Oraciones. Expresaban algo. Cosas. El lo sabía. Lo sabía ahora. Nunca antes lo había sabido. Nunca nadie habló nada ante él. Y aun así, no se sintió asombrado, ni extrañado. Y mucho menos, asustado.

—Novo —repitió—. Mi nombre es Novo...

Y supo que era él quien había hablado. Quien había utilizado palabras, frases, oraciones. Tampoco tuvo miedo. Ni sorpresa. Era como si su cerebro supiera de antemano todo eso.

"Cerebro"... ¿Qué era "cerebro"? Nunca antes pensó en ese término. No podía saber lo que era. Sin embargo,,, lo sabía. Estaba seguro de ello.

—Muy bien —asintió su interlocutor—. Eres Novo. Perfecto. Hablas bien. Muy bien. Tu voz es clara. Tu tono, el adecuado. Se te entiende perfectamente, Novo.

Entender... Sí. También sabía lo que era entender. El entendía. Y era entendido. Raro. Pero no sentía rareza.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Gaal sonrió complacido. Era todo mejor, mucho mejor de lo que habla previsto. Las preguntas denotaban inquietudes. El Hombre entendía, era entendido. Pero quería saber más. Y sabía cómo preguntarlo.

—En una nave. Viajando. Muy lejos de tu mundo, Novo —informó.

—Viajando... Lejos... —repitió—. ¿Por qué?

—Era preciso. ¿Recuerdas tu pasado?

—¿Pasado? —vaciló. Frunció el ceño—. Oh, sí. Pasado... Lo que

pasó. Lo que está atrás.

—Eso es. Tu vida quedó atrás. Con tu mundo. ¿Recuerdas algo?

Trato de recordar. Recordar... Sí, había algo en su mente. Algo llamado "memoria". En ese lugar estaba todo. Recuerdos, imágenes lejanas, sensaciones... Se estremeció, Cerró los ojos.

—Recuerdo —musitó—. Una caverna. Comida. Una hembra. Un gigante rubio... El jefe... Sangre... Derrota. Un ave... La muerte...

—Sí, recuerdas —suspirió Gaal—. No, no hubo muerte. Lo demás, es correcto. No llegaste a morir. Te salvamos. Te trajimos con nosotros.

—¿Por qué? —insistió él.

—Será largo de contar. Aún no estás preparado para eso. Más tarde.

—Más tarde... Eso significa... futuro.

—Sí. Futuro. Cercano futuro, Novo. Más tarde. No debes esforzar tu mente. Poco a poco es mejor. Lentamente. Sin esfuerzos.

—Sin esfuerzos... Sin cansarme... —asintió—. Cuando me cansaba... mi piel estaba húmeda, mojada. Mis pelos también...

Se pasó la mano por el rostro. La contempló, aturdido. Se frotó de nuevo la cara, la cabeza. Pareció agitado, por primera vez.

—¡Pelos! —jadeó—. ¿Dónde..., dónde están... mis pelos?

—Tienes menos vello ahora. El justo. El preciso. Nosotros tenemos menos que tú. Tu cabeza tiene pelo. Tus manos, tu rostro... no.

—¿Por qué no? —protestó—. Yo nací con pelos...

—Alguna vez, todos seréis como tú eres ahora, Novo. No sólo he tratado tu mente y tu entendimiento. También tu físico. He provocado una evolución artificial de tu biología. Estamos muy desarrollados en cosas así. Eres ahora tal y como serán los hombres de tu mundo, dentro de millones de años, cuando hayan concluido su evolución.

Se incorporó. Caminó erguido. Más erguido, incluso, que en su planeta. Se miró en un espejo. Sé contempló. No iba ya desnudo. Ni con pieles. Vestía algo raro, blanco. Una indumentaria de brillo, ceñida a su cuerpo. No molestaba. Era ligera. Pero le cubría hasta el cuello, salvo las manos. Tenía pelo rubio, pero escaso. Sólo en la cabeza. El rostro aparecía afeitado, más pálido, como sus manos. Y los ojos más claros que nunca. Pero seguía siendo él mismo.

—Extraño aspecto el mío — comentó—. No lo entiendo...

—Eso es humano. No siempre se entiende lo que se ve —sonrió Gaal—. Pronto, Novo. Pronto entenderás;..

—Pronto —repitió Novo—. Pronto.;. Sí, eso espero.

* * *

—Ya entiendo. Ya entiendo.

Gaal y Ptak se miraron. El primero se mostraba orgulloso de su labor. El segundo, admirado de verdad.

—Lo logré, Ptak —dijo el científico—. ¿Lo has visto? Nuestro hombre es ya un ser inteligente y desarrollado. Ahora sí es... el Hombre propiamente dicho.

—Te felicito, Gaal —murmuró el guerrero—. Lograste lo que te proponías. Pero también debo felicitarle a él. Novo ha demostrado poseer una inteligencia poco común. Adaptarse a una forma de vida tan diferente, viniendo de un tiempo prehistórico, no es sencillo. Por muchos elementos científicos con que cuentes, y mucha Biología que domines.

—Es cierto —convino Gaal—. Felicítale. La mitad del mérito es de él: Novo.

—Ya lo sabes, Novo —sonrió Ptak—, Te felicito sinceramente. Parece que hemos hallado a un ser excepcional en ti. Y eso sí que es también mérito de Gaal. Yo nunca estuve de acuerdo en que te eligiera a ti. Ahora reconozco mi error.

—Es muy noble por tu parte, Ptak —dijo con arrogancia Novo—. Pero nacer, con alguna inteligencia, no es mérito propio, sino del Creador de todas las cosas. Que luego alguien te la desarrolle debidamente, es mérito de quien lo consiguió. Mi pobre esfuerzo, bien poco vale. Echando la vista atrás, sólo puedo recordar oscuridad, caos, un mundo convulso, una vida primitiva, unas terribles leyes, propias de bestias y no de seres inteligentes... Gracias a ambos por haberme sacado de esa oscuridad.

—No nos des aún tu gratitud, Novo —susurró Gaal—. A veces, salir de la ignorancia y de la sombra, no es motivo de alegría. A veces, es peor enfrentarse a un mundo avanzado luchar por la supervivencia, frente a formas de existir que resultan deshumanizadas, tanto o más que las de esos primates con quienes vivías.

—Si ello es así, no podré reprochártelo. Tengo la luz de la

inteligencia. Soy otro ser diferente. Lo que eso comporte luego, formará parte de mi destino, estoy seguro; Sea bueno o malo.

—Me alegra tu modo de pensar, Novo —habló Ptak—. No todo lo que te espera va a ser bueno, de eso puedes estar bien seguro...

—Me gustaría saber qué será ello.

—No va a resultar agradable que lo sepas. Pero eso sucederá, de todos modos, cuando lleguemos a nuestro destino.

—¿Cuál es ese destino?

—El planeta Argos, en Trífido. Muy lejos de tu mundo, Novo. Allí nos esperan. Y te esperan a ti.

—¿A mi? ¿Por qué, Gaal? ¿Qué esperan que pueda hacer yo?

—Salvarles, Novo —le miró largamente Ptak, con expresión sombría—. Nada menos que eso: salvarnos a todos de un final irremediable... ¿Te parece poco?

Novo, asombrado, por primera vez desde que había sido dotado de desarrollo intelectual, de palabra y de entendimiento, no supo qué decir, y permaneció silencioso.

* * *

Argos. En Trífido. Una galaxia remota, a mucha distancia del Sistema Solar donde Novo, el Hombre, había sido rescatado por la nave de Gaal y de Ptak, viajeros del Cosmos.

Argos. El destino de los tres cosmonautas.

Argos, el gigantesco planeta amarillo, dotado de cinco satélites naturales... Cinco lunas girando, luminiscentes, entorno suyo, y reflejando la luz del gran Sol azul de aquel sistema planetario de Trífido.

Argos, donde la nave rindió viaje, en una noche fría y azul lívida, con cinco lunas pálidas flotando en el firmamento salpicado de limpiísimas estrellas y nebulosas resplandecientes.

Argos. El nuevo planeta de un hombre de un lejano mundo en formación. Un hombre llamado Novo, que acababa de despertar a la luz del entendimiento y la inteligencia de su especie.

Argos al fin...

—Argos —murmuró Novo—. ¿Hemos llegado?

—Sí —afirmó Ptak lentamente—. Hemos llegado, Novo. Ahora, que Dios nos ayude.

—Parece revelar temor tu voz, soldado —le reprochó serenamente el nuevo Hombre.

—Lo tengo. Temor, sí. Yo nunca tuve miedo a nada, Novo. No temo morir.

—¿Qué temes, entonces?

—La muerte de los demás. La muerte de nuestro mundo, de nuestra obra, de nuestro futuro...

Novo se mostró preocupado. Giró la mirada hacia Gaal.

—¿Tan mala es la casa? —quiso saber. . —Peor aún —murmuró Gaal, sombrío—. Estamos solos, Novo.

—¿Solos?,

—Solos tú, Ptak... y yo.

—¡Cielos! —se horrorizó Novo—. ¿Solos los tres... en todo un planeta?

—Eso es lo terrible, sí. Solos los tres, frente a nuestro caos final.

—No entiendo... —Novo señaló la superficie del planeta, visible desde la nave que empezaba a descender ya sobre una región nubosa—. Veo luces, ciudades sin duda... Vosotros me habéis mostrado filmaciones de ciudades, de grandes urbes, de viviendas modernas, de la historia de vuestro pueblo... Aquí, todo parece normal. Como en esas películas...

—Lo parece, Novo. Pero sólo eso: lo parece...

—No entiendo —Novo sacudió la cabeza—. Evidentemente, soy aún demasiado torpe para...

—No —negó Gaal—. No eres nada torpe. Nadie entendería, en tu lugar. Es demasiado horrible y complejo para que puedas entender así, de una simple ojeada. Por eso te dijimos que no debías saber nada hasta estar aquí. Sólo viendo la realidad, es posible entenderla en su exacta proporción, créeme.

—Todo eso suena como algo realmente terrible...

—Es terrible —afirmó Ptak.

—Si realmente, estamos solos, es que el resto de vuestro mundo... está muerto. O extinguido. ¿Acaso alguna guerra, un cataclismo, una enfermedad;..?

—Nada de eso. Y mucho de todo ello. Quiero decirte algo: vamos a entrar en una gran ciudad. La más hermosa de Argos. La capital de nuestro mundo, centro de todos los Estados y Gobiernos Federados del planeta. No te asombres de cuanto veas. Verás muchas cosas extrañas. Muchas. Pero no verás, en modo alguno, a ningún ser viviente, a ningún humano... salvo a nosotros dos y a ti

mismo. .

—Cada vez lo entiendo menos.

—Ya lo entenderás —suspiró Gaal. Caminó, con paso cansado, hacia un compartimento de la astronave—. Ahora, ven. Vas a vestirme de un modo diferente, para entrar en la ciudad, para pisar nuestro planeta: De otro modo... visitar Argos sería morir. Para ti, y para nosotros i —Ya veo —contempló los atavíos metálicos, flexibles, livianos. Los guantes, el calzado también metálico, las escafandras provistas de un estrecho visor transparente, también enteramente metálicas, doradas, pero sumamente livianas y flexibles—. Vuestro aire ó presión, no resultan apropiadas para el ser humano...

—No —negó Ptak—. No es eso, Novo.

—¿No? —enarcó las, cejas, perplejo, el viajero llegado de aquel remoto mundo—. Pues ahora sí que me dejáis confuso de verdad... ¿Qué es lo que sucede exactamente aquí, amigos míos?

Gaal le señaló la indumentaria metálica. Habló con énfasis, gravemente:

—Ponte eso. Y jamás te lo quites, si quieres seguir con vida. Eso debe bastarte, Novo. El resto... lo sabrás cuando tus propios ojos lo descubran. Ahora, vamos ya. La nave se posará en breve tiempo. Y hemos de salir de ella. Pero eso sí; a partir del momento de cruzar esa puerta, Novo..., ¡ni por un instante debes desprenderte de UNA SOLA pieza de tu indumentaria! O la muerte será el castigo inmediato. Una muerte horrible, que ni tú ni nadie podría prever ni evitar en modo alguno...

SEGUNDA PARTE — PLANETA ARGOS: FUTURO

CAPÍTULO IV

LA ciudad se extendía ante la nave.

Los tres cosmonautas echaron a andar hacia ella. A distancia, parecían marionetas de acero, auténticos robots de flexible metal, moviéndose pausados, en dirección a las luces resplandecientes de una urbe fantástica, ultramoderna, lineal y aséptica.

Las ideas, agolpándose en la mente de Novo, el hombre recién despierto a la consciencia y al conocimiento de cosas que jamás viera ni soñara, lograban incluso aturdirle ligeramente, pese a la gran labor de superdesarrollo intelectual, creada con los métodos de Gaal en su cerebro.

Novo se sentía confuso, desorientado. De algo estaba seguro por completo: ni Ptak ni Gaal parecían personas capaces de dramatizar inútilmente. Había algo siniestro en la propia y directa simplicidad con que habían referido a aquella extraña situación de su mundo, donde "algo" sucedía. Algo realmente terrorífico e inexplicable, cuando menos para él. Algo que podía convertir una ciudad maravillosa en un mundo de silencio y luz, y exigir unas precauciones aparentemente absurdas, para adentrarse en ese mundo lineal, límpido, de helada perfección arquitectónica y urbanística.

Novo se enfrentaba, por vez primera, a mundos y formas de existencia jamás sospechados. A sentidos de sociedad, convivencia y adelante técnico y científico, nunca imaginados por un primate, desde la oscuridad mental de su mundo prehistórico., entre monstruos, pantanos, volcanes y convulsiones, geológicas del inicio de los tiempos.

A partir de ahora, la gran aventura, la increíble aventura de un hombre recién nacido a una época situada a millones de años de su

propio ser, de su cerebro y de su concepto de las cosas, se iniciaba realmente..

Y se iniciaba, bajo la luz resplandeciente de la gran urbe moderna, en un clima tenso, inquietante, extraño, un clima de terror que él intuía..., y que ignoraba en qué razón poderosa podía basarse. Pero que, de cualquier modo, tenía que ser algo realmente aterrado, para que seres inteligentes y fuertes como el sabio Gaal y el guerrero Ptak sintieran también miedo. Por sí mismos, y por todos sus semejantes.

El avance de los tres hombres de ropas metálicas, hacia la ciudad silente y luminosa, continuó inexorable.

Era el avance hacia su destino. Eso, bien lo sabía, Novo, el hombre nuevo.

* * *

—Es Metrópolis. La capital del planeta...

—Y ésta es la Avenida del Porvenir. El gran centro comercial...

Novo no dijo nada. Caminaba junto a ellos. Por un interfono, le llegaba la voz de ambos. Los entendía muy bien. No se maravillaba de nada. La labor de Gaal sobre su cerebro había sido perfecta. Estaba capacitado para adaptarse a todo, fuese lo que fuese. Estaba listo a asimilar y comprender cuanto, le refiriesen, sus ojos pudieran captar, allí adonde fuera. Aún no sabía cómo, con exactitud. Ni le importaba. Lo verdaderamente importante, era eso: comprender. Asimilar. Saber...

La ciudad era fascinante. Hermosa, vertical, soberbia, arrogante. Un prodigio de la moderna cultura de un pueblo superior. Recordó, casi sarcástico, las cavernas iluminadas con el fuego de los cráteres, las fuentes térmicas de agua hirviendo, donde cocer la carne de los dinosaurios... Las armas de sílex, las piedras mal talladas, los vestidos de pieles, las voces guturales, el principio de todo. Cuando uno no sabía, a ciencia cierta, si era animal o ser racional...

Era un abismo. Un terrible abismo de siglos, de milenios, atravesando apenas en unas fechas, bajo la acción de trabajos biológicos, de medicina avanzada, de estudio de la mente, de progresos físicos, mentales y sensitivos. Sobre todo, era una labor cerebral de adaptación a lo desconocido, a lo nuevo, a lo increíble.

Y había resultado. Él, Novo, era ahora un viajero del espacio... Él, ¡que luchaba contra los dinosaurios, con simples fragmentos de

piedra tallados a mano!

No tenía exacta noción de dónde estaba la constelación de Trífido, ni dónde el gigantesco planeta amarillo Argos y sus cinco lunas. No sabía lo que se encerraba en el misterioso silencio de Metrópolis. Pero iba con ellos, hacia adelante siempre. Hacia el misterio mismo, en el corazón de tanta luz, de tanto adelanto científico y tecnológico. Quizá hacia la gran incógnita que encerraba el futuro de las especies humanas: Allí, o en otro planeta. Incluso en el suyo, incipiente y convulso, medio fuego y medio tierra, medio fango y medio agua...

¡Pero no se sentía impaciente por nada. Sencillamente, esperaba. Se sentía sereno, y confiaba. Confiaba en que, muy pronto, para bien o para mal, sabría lo que estaba sucediendo allí. Aunque mucho se temía él que ese descubrimiento..., fuese precisamente para mal.

Y, ciertamente, sus temores eran ciertos. Sería para mal. Para un gran mal. Quizá para un irrenarrable y tremendo mal, en el que él mismo se vería involucrado...

* * *

Eran solamente tres figuras insignificantes, bajo un auténtico raudal de luz blanca, lechosa, fría.

Tres figuras, sobre el enorme voladizo superpuesto a las vías urbanas. Tres figuras sobre el Gran Centro Aerourbano. Abajo, calles, pistas para vehículos, bandas en movimiento para peatones, autovías panorámicas, de ingentes proporciones... Tubos de vidrio plastificado, con transportes ciudadanos individuales, a través de la gran urbe...

Y allá, al fondo, luz. Siempre más luz. Siempre más edificios, más urbanismo rutilante y perfecto, esquemático y lineal. Siempre silencio. Siempre soledad también...

—¿Nadie sale de sus viviendas en esta ciudad? —le preguntó al fin Novo, vacilante, deteniéndose en medio del Gran Centro Aéreo.

Gaal y Ptak se detuvieron, flanqueándole. Miraron, preocupados, en derredor. Sólo podía ver sus ojos, a través de la rendija en sus doradas escafandras ovoides. Como a él le sucedía con ellos. Esos ojos revelaban inquietud, desasosiego.

—Es mejor seguir adelante —aconsejó la voz de Gaal por el interfono privado—. Despertará menos sospechas.

—¿Sospechas? —se sorprendió Novo—. ¿A quién? ¿Por qué?

—Forma parte de lo que sucede aquí —habló Ptak— ¿Crees que estamos solos?

—No sé si lo estamos, pero lo parece. Además, dijisteis que éramos sólo tres humanos en un lugar vacío. Y todo parece responder a eso.

—Es mentira. Es falso —habló Gaal roncamente—. Parece no haber nadie. En realidad, millones de ojos nos están mirando...

—¿De veras? —Novo miró, nervioso, en torno suyo, a través de la rendija de su escafandra de oro—. No veo a nadie...

—¿De veras? —Novo miró, nervioso, en torno suyo, a través de la rendija de su escafandra de oro—. No veo a nadie...

—Cuidado. No te hagas, ilusiones —silabeó Gaal—. Nos vigilan, es cierto. Cualquier paso en falso significa la muerte. Para los tres.

—Pero... ¿a manos de quién? Si estamos solos, veo difícil tal cosa...

—Pues lo malo es eso: estamos solos. Únicamente existimos. Tres humanos en Metrópolis en este instante. Tú, y nosotros dos. Aun así, nos vigilan. Y nos aniquilarán en cuanto les demos el menor motivo para sospechar.

—¿Qué motivo?

—Un movimiento falso, una acción no programada...

—¿Programada? —dudó Novo—. Habláis como si todosuviéramos que hacer aquello que se espera que hagamos.

—Justamente —admitió Gaal—. Eso es lo que debemos hacer. Ni un movimiento de más, ni un acción fuera de tono.

—Pero... ¿quién controlará eso, si no hay nadie que nos vigile?

—Nos vigilan —susurró Ptak—. Y muy de cerca. Más que nadie.

—Nos vigilan... ¿quiénes?

—Ellos.

—¿Ellos? ¿No estamos solos?

—Como seres humanos..., sí.

Hubo un silencio tenso en el gran puente voladizo. Novo estudió a sus dos amigos. Sacudió la cabeza, y echando a andar, muy despacio, como disimulando ante alguien invisible, de quien nada sabía.

—Seres humanos... Es decir que, realmente... estamos SOLOS los tres...

—Sí. Solos. Por completo.

—Ya. Solos los tres. ¿Y ellos?

—También están aquí. No se les ve. Pero están.

—¿Invisibles?

—No. Nada de eso. Son bien sólidos, bien concretos.

—¿Qué son? —se interesó Novo.

—Nada humano, desde luego —dijo Gaal.

—No, nada humano —añadió Ptak—. Son... MAQUINAS.

Eso lo explicaba todo. O casi todo.

Máquinas...

Aun así, no había nada ni nadie en derredor. Sólo luz, silencio, bandas en movimiento, vehículos parados, en hileras sin fin. Encima de ellos, un cielo negro, frío. Y cinco lunas frías, de palidez espectral, flotando en el espacio estrellado.

—Máquinas... —repitió Novo entre dientes—. No sé, no puedo entender...

—Sabes ya lo que son máquinas. Has visto algunas. Cuando el hombre sea lo bastante inteligente y capacitado, en cualquier planeta donde more, creará máquinas. Cada vez más perfectas. Tanto que, un día... esas máquinas estarán capacitadas para rectificarse a sí mismas, para tomar decisiones, para controlarlo todo, para dirigir la vida humana... e incluso, para PENSAR.

—¿Pensar? ¿Una máquina? —dudó Novo, perplejo.

—Sabes lo que es una máquina. Te fue referido en un proceso acelerado de adaptación mental; Pero no sabes que incluso una máquina puede rebelarse, hacerse dueña de todo, programarse a sí misma para controlar a los que la fabricaron...

—No, no sé eso. Ni me parece lógico. No se deben hacer máquinas tan perfectas...

—No se deben hacer. Conforme, Novo. Tu inteligencia te dio la clave del asunto. Pero ya es tarde para pensar en ello. Las hicimos demasiado perfectas. Repentinamente, sucedió algo. Hubo un fallo, no sé cual. Las máquinas pensantes se hicieron dueñas de la situación. Se programaron para dominar, controlar..., y destruir.

—¿Destruir?

—Eso es. Todo aquel que no se someta, que no coopere, que no piense como ellas y se deje controlar a su vez... será aniquilado sin piedad. Se programaron para ello. Les basta con actuar sobre los

humanos. Todos poseemos una identificación codificada, computada... Fue un error del gran sistema el hacer todo esto. Nos puso, prácticamente, en manos de las máquinas que nosotros mismos hicimos. Bastó un hecho, una causa repentina e inesperada, un accidente, para que todo se desmoronase inapelablemente. Y, con todo ello, nosotros mismos, nuestra obra... y, posiblemente, el futuro mismo de los humanos de Trífido, tan lejano a los vuestros todavía, aunque acaso alguna vez, en un remoto futuro, coincidiáis con nosotros... y podáis tomar ejemplo de nuestra propia tragedia, para evitarla.

Novo inclinó la cabeza. Habló gravemente, sin dejar de andar por la ciudad silenciosa, llena de luz y de esplendor.

—No sé... Conozco poco sobre los humanos y sobre mi mismo. Demasiado poco, incluso. Apenas sin tiempo para evolucionar, he salido de la noche de la ignorancia y de la brutalidad más primitiva, para enfrentarme a algo que ni yo mismo concibo totalmente aún. No entiendo, pero imagino, y me temo, que los humanos, por desgracia, sea donde sea y cuando sea..., jamás tomarán ejemplo de nadie. Y cometerán los mismos errores que otros cometieron antes que él...

—Mi querido Novo, ahora es cuando creo que Gaal no se equivocó en absoluto —dijo con voz grave Ptak—. Esa respuesta es mucho más inteligente de lo que parece. Y, desdichadamente, llena de verdad... Sé de otros mundos, de otras civilizaciones de humanoides que, poco más o menos... cometieron nuestro mismo error, hace millones de siglos. La historia, desgraciadamente, se repite siempre.

—Y nunca escarmentamos —sentenció ahogadamente Gaal.

Los tres cosmonautas de metalizados atavíos, siguieron adelante, solitarios en la inmensa urbe. Novo preguntó, tras un corto silencio:

—Ahora ya sé algo más sobre ese misterio. Las máquinas son culpables. O, cuando menos son las actuales responsables de todo esto. ¿Hasta qué punto?

—Hasta el límite. Lo controlan todo. No permiten circular a nada que no sea... una máquina. Hay robots, mecanismos vivientes o poco menos... Son criaturas de metal, en movimiento por la ciudad. Patrullas, servicios de reparación, de emergencia, de algún trabajo... Los controles no cometen error. Avisan inmediatamente

de la presencia de algún extraño que no sea un robot.

—¿Y nosotros? No somos robots... Vamos, creo yo —sonrió Novo.

—No, no somos robots. Pero llevamos atavíos metálicos. Respondemos como simples metales en movimiento, a cualquier control de las Máquinas. En sus pantallas, aparecemos como robots. Además, han logrado darles incluso aspecto humano, puesto que los hicimos de materias plásticas, y ellas llegaron a ser como auténtica carne humana. Sólo, que llevan dentro metal, y eso es lo que acusan sus detectores, sus invisibles y numerosos ojos magnéticos, establecidos ahora por todos los lugares del planeta.

—Es horrible —se inquietó Novo—. Un planeta controlado por máquinas...

—Lo peor es el destino de los seres humanos que aquí vivieron antes, en paz y en fraterna convivencia..

—¿Qué hicieron? ¿Los asesinaron?

—Algo peor —murmuró Gaal, sombrío—. A veces, Novo, existen destinos peor que la propia muerte. Para el hombre, es mil veces más terrible la humillación, el dolor, la vergüenza, la impotencia, la esclavitud...

—¿Ese ha sido el destino de vuestros semejantes, tal vez?

—Sí. Ese ha sido su destino —afirmó Ptak.

—Y ahora... ¿dónde están ellos?..

—No té sería posible imaginarlo —señaló al cielo negro, a las cinco lunas, a la noche estrellada del planeta Argos, en Trífido—. Pero ahí, en alguna parte, están todos...

Novo levantó sus ojos al cielo. Miró, interrogante, aunque sabía que nada ni nadie le daría, allá arriba, la respuesta que él esperaba.

—Son muchas las cosas que no comprendo —declaró honradamente—. Todo esto rebasa mi pobre capacidad recién estrenada. Pero... ¿cómo sucedió todo? ¿Cómo empezó el desequilibrio máquina-hombre? Tuvo que haber un primer paso, un primer error, un falló...

—Sí —afirmó Gaal, sombrío—. Lo hubo.

—Bien. ¿Qué fue?

—Un hombre. Uno de nosotros —dijo Ptak.

—¿Un hombre? —pestañeó Novo, asombrado—. ¿Y quién?

—Un gran hombre. Un gran científico —habló Gaal—: Olk. El

profesor Olk, un gran cibernético. El fue culpable de todo. E intencionadamente, además...

* * *

—El profesor Olk...

—Sí —afirmó ella—. Soy su hija.

Novo contempló asombrado a la hermosa mujer platinada que tenía frente a sí. Era la primera hembra diferente que veía. La primera mujer, auténtica, fuera de la compañera de su vida primitiva, allá en la Prehistoria de un lejano planeta llamado Tierra, en sus albores turbulentos.

—La hija del profesor Olk... —repitió, atónito. —Eso es —dijo ella—. Yo soy. Ulnia es mi nombre. Desgraciadamente, mi padre es el culpable de todo esto.

No sé cómo redimirme de esa tremenda mancha moral y humana que me acompaña. Pero ello es ya lo de menos. Lo realmente temible..., es el destino de los demás. El de todos los seres a quienes mi padre ha sentenciado al peor de los destinos imaginables.

—Los hijos no pueden ser culpables de lo que sus padres hagan —sentenció Novo, con sencillez surgida de su propio raciocinio actual—. Mis padres nunca supe quiénes fueron. Pero fuesen quienes fuesen, hicieran lo que hicieran... yo nada tuve que ver en ello. Como ellos tampoco tendrían responsabilidad futura en mi actitud para los demás, Ulnia.

Ella le miró, asombrada. Tenía ojos de un dorado, salpicado de fulgores de dorado claro. Su tez era pálida y suave, su hermosura serena como una noche de lunas pálidas. El platinado de su cabello recordó vagamente a Novo el reflejo de las estrellas del Pleistoceno, allá en la Tierra remota, sobre las aguas oscuras de lagunas insondables, donde pululaban iguanodontes, Omphalosaurus, ictosaurios, plesiosaurios y otros monstruos anfibios de su tiempo... Pero más hermoso aún. Como reflejos de plata, un metal que él nunca conoció hasta que Gaal cultivó su cerebro en formación...

—¿De dónde ha llegado usted? —preguntó, tras un silencio.

—De muy lejos —explicó Novo;

—Será largo de contarlo, Lunia —habló Gaal—. Ya te lo contaremos. Hemos venido ahora aquí, porque sabemos que las máquinas no controlan estrechamente tu zona. Necesitábamos

verte, hablar contigo, antes de iniciar lo que pretendemos, aquello para lo que hemos ido muy lejos de Argos, en busca, simplemente, de... un hombre.

—Un extraño hombre, diferente a todos —musitó Ulnia, pensativa, fija, su mirada en Novo—. Alto, hermoso, fuerte..., y con cabellos en su cabeza. No tiene el cráneo calvo dé todos los hombres de Argos...

—Eso es cierto —sonrió .Gaal—. Tenía algo más de cabello cuando lo hallamos, pero es ya historia, Ulnia. ¿Sabes algo de tu padre?

—No, nada —negó ella, rotunda. Hizo un ademán, señalando en torno suyo—. Sigo sola aquí. Nadie me ha hablado de él. No tienen por qué hacerlo. Me negué a seguirle cuando su traición. Y aquí sigo...

—Pero esa traición no es tu culpa, Ulnia. Olvídala. No sé qué pudo sucederle a tu padre —habló .Ptak—. Debió ser una demencia, un ataque cerebral que le hizo sentirse más unido a las máquinas que a los hombres...

Ella se estremeció. Inclino la cabeza. El horror se reveló en su hermoso semblante.

—Sí, quizá fue eso. Fuera lo que fuese ello, .Ptak... nunca lo olvidaré. Nunca podré perdonar a mi padre por su crimen. Fue un crimen colectivo. Contra todos. Contra una civilización completa. Y lo peor es que ahora... ahora ya no tiene remedio...

—Todo tiene un posible remedio —sentenció Gaal—. Consiste en dar con él. Eso es lo que pretendemos Ptak y yo.

—Solamente sois dos —señaló a Novo—. Y él, tres. Estoy yo. Aunque haya de combatir a mi propio padre, sabéis que lo haré. Somos cuatro. Bien, ¿Qué más? ¿Podemos cuatro seres solitarios, enfrentarnos a algo que ha podido esclavizar a millones?

—No somos cuatro —recordó Ptak—. Todavía quedan otras personas, Ulnia...

—Oh, sí. Otras personas —ella rió suave, despectivamente—. ¿De qué nos servirán siete u ocho seres más, tan débiles como vosotros mismos? Ni siquiera Aghorn es capaz de un milagro.

—¿Aghorn? —se interesó vivamente Novo—. ¿Quién es?

Gaal se lo explicó inmediatamente, con voz calmada y grave:

—Aghorn es el único experto en Cibernética que queda con vida.

Está aislado; encerrado en un reducto secreto, rodeado de sus leales servidores. Solamente tiene a seis o siete hombres con él, todos de su total confianza. Ha podido rodear, con antelación a la rebelión de las máquinas, toda su vivienda con varias barreras magnéticas lo han intentado repetidamente, en vano. El, ciertamente, no puede salir de allí. Pero tampoco los robots pueden entrar. Ulnia y nosotros confiamos aún en Aghorn. Pero sus métodos, pese a todo, son limitados. No podemos tener una fe ciega en él. Gracias que siga con vida. Es todo lo que se puede exigir: vivir y no ser esclavo. Eso ha logrado Aghorn, pese a todo. Y queremos creer que él es nuestro caudillo del futuro. Aunque mucho me temo que no sea posible esperar tanto...

—Entiendo. Aghorn ha creado una especie de santuario, una fortaleza aislada. ¿Lejos de aquí?

—A poca distancia de Metrópolis, en los yermos.

—¿El no puede combatir a los robots?

—No, no puede —rechazó Ulnia—. Creo que está intentándolo, pero es difícil. Además, en su estado...

—¿Estado? —se sorprendió Novo—. ¿Qué clase de estado?

—Bueno, ése es otro aspecto de la cuestión —señaló lentamente Ptak, el guerrero. Respiró hondo al añadir—: Aghorn... Aghorn perdió la mitad de su cuerpo, en lucha contra las máquinas. Desde su torso para abajo... se mueve sobre una máquina de ruedas. Solamente lleva torso, cabeza, brazos... Lo demás... es una caja metálica, con ruedas y controles. Una especie de silla de inválido, convertida en vehículo donde fue injertado su cuerpo humano... Novo se estremeció, al imaginarlo. Desvió sus ojos.

—Dios mío... —murmuró—. Me pregunto si no era menos monstruoso un dinosaurio..., que un hombre que tiene medio cuerpo de metal y de engranajes...

* * *

—Sencillamente..., no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes, Novo?

El hombre nuevo, llegado del lejano planeta, dejó vagar su mirada por la vasta panorámica, fría y aséptica, de la gran Metrópolis desierta y sin palpito vital. Luego, respondió calmoso a la pregunta de ella:

—Todo esto. ¿Por qué se me arrancó a mi forma de vida, por

qué se me condujo hasta este mundo, alterando mi propia evolución natural, si resulta que no estoy capacitado para hacer nada, Si soy, simplemente, un ser humano más, mezclado con otros varios que, a su vez, nada son capaces de realizar contra el peligro común?

—Gaal es hombre sabio y prudente. Ptak es un gran guerrero. Ellos sabrán, sin duda alguna, por qué obraron de ese modo, Novo —declaró Ulnia, serenamente.

—Hasta ahora, no lo veo claro. No descubro sus intenciones. Y eso no me gusta.

—¿Dudas de ellos, tal vez? ¿De su buena fe?

—No, no dudo de nadie. Lo malo es que no comprendo lo que sucede. No sé si porque mi inteligencia es aún muy rudimentaria, o porque no estoy adaptado a mi nueva forma de vida.

—Ni una cosa ni otra, Novo. No lo entiendes, porque es difícil de entender. Pero Gaal tiene su plan, eso es obvio. Debes seguirlo. Aceptar tu destino, ahora que ya estás dentro de todo ello.

—Ulnia, ellos dominan la Ciencia, la Técnica, la Mecánica... Ellos son capaces de convertir a un primate en un ser humano avanzado. Gente capaz de ello..., ¿para qué necesitan a un desdichado ser humano, procedente de otro mundo inferior? ¿Qué puedo hacer yo, que ellos no hagan con su privilegiado cerebro y sus hondos conocimientos?

Ulnia se acercó a él. Le rodeó con sus brazos. Le atrajo hacia sí. Musitó junto a su oído, con turbadora voz suave:

—Tienes lo que ellos no poseen ya, ni jamás podrán poseer, Novo. Lo que te diferencia de ellos, lo que puede vencer, en un momento dado,* a este mundo de máquinas enloquecidas...

—¿Qué diablos es ello, Ulnia? —la apartó de sí, con vivacidad.

—¿Acaso no te gusto, Novo? —se dolió ella—. ¿No soy hermosa?

—Eres muy hermosa. Mucho más que Ella.

—¿Ella? ¿Quién es Ella?

—No importa. Es muy diferente a ti. Está muy lejos de nosotros., Quizá ahora me pareciese un raro mono rubio... Sin embargo, por ella arriesgué mi vida. Eso fue en otro lugar, en otro tiempo... No tiene importancia, Ulnia. Pero la recordé, no sé por qué. No me fío de ti. No me fío de ninguna mujer...

—Novo... —Ulnia le miró fijamente a los ojos, como chispas de

oro reflejando luz—. Novo, eres un amigo. Debes fiarte de mí. No te traicionaré, aunque sea la hija de un traidor...

. —No hablaba en ese sentido, Ulnia. Perdona si te ofendí. Aún no respondiste a mi pregunta...

—¿Qué pregunta, Novo?

—¿Qué es lo que yo poseo, y que ellos no tienen..., y piensan que puede vencer a las Máquinas?

Ulnia, tras una pausa breve, se lo dijo:

—Tus músculos, Novo. Tu fuerza física..., unida a tu inteligencia... Eso hacen de ti algo mas que un hombre de Argos. Eso te convierte en... en un superhombre.

CAPÍTULO V

—¿UN superhombre?

—Sí. Ulnia ha sido sincera. Tremendamente sincera, Novo. Para este planeta..., eres un superdotado. Un ser excepcional..., pero dotado de cerebro y reacciones completamente humanas. Esa es la diferencia entre tú y nosotros. ¿No advertiste antes nuestro físico? Gran cerebro, desarrollo craneal, ausencia de cabello, cuerpo alto, enjuto, frágil y muy débil... Con una sola mano tuya, con dos dedos, podrías hacernos pedazos a Gaal y a mí —Ptak hizo un gesto amargo—. Y ya ves: yo soy... un gran guerrero. Un fuerte y famoso soldado en mi mundo...

—Mi fuerza... Mis músculos... —meditó Novo en voz alta—. Era eso. Sólo eso...

—No. No sólo eso. Un dinosaurio es infinitamente más fuerte que tú. Pero es una bestia, un animal sin cerebro, ¿entiendes? Es tu cerebro él que cuenta. Tu cerebro de humano..., con un cuerpo vigoroso a su servicio. Ahí está tu diferencia. Tu enorme diferencia respecto a nosotros.

—¿Servirá de algo frente a unas máquinas? —dudó él, preocupado.

—No. No servirá ante ellas. Servirá en el lugar adonde vayas.

—¿Lugar? ¿Qué lugar?

—Aquel donde están todos los demás. Todos los cautivos. Todos los hombres de Argos. Es decir, sus hombres, mujeres, ancianos, niños... Todos, en absoluto. Salvo Ulnia, nosotros dos... y Aghorn y sus servidores.

—¿Debo ir, tal vez, a alguna parte en especial, lejos de vosotros? —se inquietó Novo, no muy convencido con el giro de los acontecimientos.

—Sí —asintió Gaal, solemne—. Nada temas. Es algo que debes hacer, por encima de todo. Es la misión para la que viniste aquí con nosotros. Para la que hemos moldeado y preparado tu mente, tu personalidad actual.

—¿Y esa misión consiste...?

—En ir adonde están todos los demás. Como otro esclavo de Argos. Allí deberás reunirte, sea como fuere, con un prisionero en especial...

—¿Quién?

—Zinx.

—¿Zinx?

—Eso es. El hombre capaz de unirse a ti... \ y vencer a los robots: Es una empresa llena de riesgos y de peligros. No podemos decirte lo que tú hayas de hacer. Tu propia mente te dictará tus acciones, según cada caso. Sólo tu inteligencia y tu fuerza física, te salvarán. Y nos salvarán. Lo entenderás cuando estés allí.

—¿Y si fracaso?

—No fracasarás, estoy seguro —rechazó Gaal.

—Pero si, aun así, fracasara...

—Entonces, sería tu muerte. Y la de Zinx. Y la de todos nosotros. Sin remedio.

Hubo un largo silencio,. Novo paseó por la estancia, ante la mirada silenciosa y escudriñadora de Ulnia, la hija de Olk, el traidor.

—Bien —respiró hondo—.Yo no elegí esto. Pero ya he llegado demasiado lejos. No hay posible vuelta atrás. Decidme... ¿Qué debo hacer?

—Ante todo, Novo, visitar a un amigo que te hablará de las Máquinas y sus problemas, que te orientará mejor que nadie sobre todo aquello que debes hacer...

—¿Quién?

—Aghorn, el hombre cuya parte inferior del cuerpo es sólo una caja metálica con ruedas...

* * *

Un cuerpo con una caja metálica y ruedas..

Nunca se pudo describir a alguien con menos palabras. Y más concretas.

Así era Aghorn. Mitad hombre, mitad mecanismo. Su cuerpo

terminaba, como el de un modernísimo centauro, a la altura de sus caderas. Allí empezaba el artilugio de acero, rectangular y macizo, dotado de unas ruedas con bandas deslizantes, que le hacían moverse con destreza y rapidez por cualquier superficie plana. Y todas las habitaciones de su inexpugnable santuario eran de suelo terso, amplio, deslizante. Aquel hombre insertado a una máquina, corría por allí como un robot más. Pero su cráneo marfileño, sus ojos ardientes, sus facciones afiladas, sus brazos enjutos y frágiles, eran totalmente humanos. Abajo, controles electrónicos regulaban sus movimientos, su velocidad, sus acciones motrices. En sus manos, habla tantos contactos como dedos. Cinco resortes adheridos a sus palmas, que bastaban ser presionados por las yemas de los dedos, para accionar el mecanismo cibernético de su extremidad inferior.

—Comprendo que me miré —dijo cansadamente—. Soy una especie de monstruo, ¿no es cierto?

—No, no —rechazó Novo—. Un monstruo es algo diferente. Al menos, en mi concepto.

—No sé cuál será su concepto. He recibido el mensaje cifrado de Gaal —señaló la pantalla de un computador a su espalda. Y sonrió—. Aquí, las máquinas son dóciles a mi mando todavía. Incluso mi maldita máquina corporal, amigo. No tema que haya robots asesinos en mi vivienda. Es inviolable para ellos..., al menos de momento.

—No me asustan sus máquinas. Ni usted tampoco, Aghorn. Entiendo que un monstruo es un ser feroz, violento, devastador y cruel, de enormes proporciones. Así era, cuando menos, en mi propio mundo.

—No sé qué mundo pueda ser ése —rechazó Aghorn, enfático, agitando uno de sus delgados, débiles brazos de humanoide en Argos—. Pero sea el que fuese, ciertamente, no se parece en nada a éste. Aquí, no tenemos monstruos gigantescos. Las máquinas son relativamente pequeñas, los robots tienen dimensiones normales de cualquier persona. Eso basta. Se mueven y actúan todos a la vez, como un gigantesco monstruo viviente, de millones de tentáculos.

—Y todo, por culpa de uno de ustedes: el profesor Olk...

—¿Olk? —Aghorn se agitó, moviendo su vehículo de acero con celeridad, en lo que parecía un paseo nervioso por la sala—. Sí, claro. El, en primer lugar. Pero tuvo la suerte de contar con Cyborg

X.

—¿Cyborg X? —repitió Novo sorprendido.

—Sí. Su centro nervioso mecánico. Su gran cerebro electrónico central. El que lo rige todo. Olk lo programó para atacar a los humanos. Para dominar a Argos. Y lo ha conseguido, vaya que sí.

—Creo que todos parten de un error. Esperan que yo logre algo. Eso no tiene mucho sentido, ¿verdad?

—Tiene un solo sentido —rió Aghorn, sacudiendo la cabeza—. Si tienes el mismo cerebro que nosotros, y la fuerza que tus músculos dejan adivinar..., es posible que triunfes y, contigo, triunfemos nosotros, nuestra especie. Eres la última esperanza de un pueblo, de un mundo... Si tu fallas, no quedará nada. Eso lo sé yo, lo saben Gaal y Ptak...

Novo caminó despacio por la sala. Se detuvo frente a una gran vidriera asomada al oscuro paisaje de la noche y de la campiña tétrica de Argos. Lejos de la ciudad, lejos de todo mundo habitado. Alrededor, barreras magnéticas evitaban que los robots pudieran infiltrarse. Dentro, silenciosos servidores humanos, atendían a su amo.

—Ellos me enviaron aquí para que hablase con usted —dijo Novo—. Creo, que es quien más me puede ayudar, quien mejor puede orientarme..., para intentar vencer a las máquinas.

—Sé mucho de máquinas, es cierto. Pero repito que todo estará fiado a tu propia capacidad de lucha, hombre de lejanos mundos. Gaal y Ptak son tan inteligentes como astutos y desconfiados. Creo que hacen bien. Nunca se arriesgan juntos a ninguna tarea. Saben que son los últimos en esta lucha, y no quieren caer a la vez. Ese sería el fin. Ni siquiera se atreven a venir aquí al mismo tiempo. Alabo su prudencia, como el hecho de no avisar nunca sobre el lugar donde se encuentran. Las máquinas tienen millones de ojos invisibles, dispersos por doquier. Y oídos. Podrían captar algo. Sólo se las engaña envolviéndose en metal, para que sus grandes computadoras sólo señalen la presencia de robots al captar sus radiaciones metálicas. Pero aun eso es arriesgado a veces. Gaal y Ptak llevan la lucha a su modo. Es posible que tengan razón en su sistema, puesto que aún sobreviven en libertad. Ahora, envían aquí a un hombre como tú, procedente de otros mundos. Esperan que te ayude en algo. Bien: espero que así sea. Ven conmigo a la sala de

estudios cibernéticos. Te enseñaré algo sobre máquinas pensantes. Algo que jamás olvidarás...

* * *

Cuando Novo regresó a Metrópolis, había amanecido.

El día en Argos era esplendoroso y cegador. En el cielo irisado, brillaba un inmenso sol azul, deslumbrante. Y no había nubes. El cielo tenía matices cárdenos, casi dorados.

La ciudad no era muy diferente durante el día. Pero tenía tránsito.

Novo se estremeció inicialmente. Luego, se internó en las grandes bandas en movimiento, trasladando por doquier a seres que iban a sus tareas. Sólo que esos seres..., eran máquinas. Simples robots de plástico metalizado, o de puro metal. Muñecos perfectos; en rígido movimiento hacia sus tareas habituales.

Novo, con su atavío de metal flexible, se mezclaba entre ellos, sin novedad alguna.

Evidentemente, las máquinas podían pensar, interceptar, intuir, ver..., pero no sentían. No reaccionaban ante un engaño. Sus ojos y oídos, al captar el metal detectado en cualquier pantalla sensible, lo daban como bueno. Aunque ese juego tuviese sus riesgos.

Novo se encaminó a la vivienda de Ulnia. La encontró desierta. Ni rastro de ella o de sus amigos... Unos robots andaban rígidamente en torno. Imaginó lo que sucedía. Ulnia había sido aprehendida o tuvo que evadirse. Recordó que Gaal había mencionado el hecho de que Ulnia se mantenía en libertad gracias a su constante cambio de alojamiento, y deseó que éste fuera uno más de entre todos ellos.

Se alejó en el acto del lugar, para no hacerse sospechoso. Entró en un tubo de peatones, pisando la banda móvil, mezclado con los robots que formaban la legión actual de habitantes de Metrópolis. Silencio frío, rígido, deshumanizado. Eso era todo lo que le rodeaba ahora en la inmensa urbe. Las máquinas no hablaban, no alborotaban, no tenían sentimientos ni sensibilidad. Esa era la gran diferencia con los humanos...

Su interfono empezó a recibir señales en frecuencia especial, no captada por los robots. Fue traduciendo mentalmente el mensaje lejano:

"ULNIA SIN NOVEDAD. NOSOTROS TAMBIÉN. CAMBIO DE

RESIDENCIA POR REGISTRO DE ROBOTS-POLICÍA. EXTREMA PRECAUCIONES. SEGUIMOS TU RUTA. DETECTAMOS LIMPIAMENTE LA FRECUENCIA DE TUS ONDAS MENTALES. EN ESO GANAMOS AUN A LAS MAQUINAS. SUERTE. NOS VEREMOS EN BREVE. GAAL."

Sonrió bajo la escafandra dorada. De modo que era así como ellos se comunicaban, sin posibilidad de ser interferidos por las máquinas: mentalmente. Ondas telepáticas. Emitían y recibían. Los robots no podían interferir la telepatía de los humanos. Era su único recurso por el momento. Al menos, el de ellos. El no poseía ese poder mental, ni estaba capacitado para recibir o transmitir mensajes. Pero si ellos captaban sus emisiones cerebrales de alguna forma, tanto mejor. Siempre sabrían dónde se hallaba él. \

Recordó cuanto le explicara Aghorn sobre máquinas y computadoras. Eran malos enemigos. Cyborg X era un complejo instrumento, catalizador de todos los demás ingenios cibernéticos en marcha. Y el traidor profesor Olk poseía ese prodigio científico que era el Cyborg X. Así había llegado al dominio total del planeta. Y al sometimiento de la especie humana de Argos.

Miró al cielo. Sabía dónde estaban ahora los demás humanos de aquel mundo. Lo malo es que él también tendría que ir allá... o nunca se vencería en esa lucha sorda y despiadada contra los mecanismos rebeldes contra el hombre.

"VE HACIA EL SECTOR SUR, NIVEL TRES, DE METRÓPOLIS — siguió la orden transmitida en el código espacial que le enseñaran ya anteriormente—. UNA VEZ ALLÍ, RECIBIRÁS NUEVAS INSTRUCCIONES PARA LOCALIZARME. DESDÉ AHORA, ESTAMOS TODOS SEPARADOS MUTUAMENTE PARA EVITAR RIESGOS. ULNIA Y PTAK ESTÁN EN OTROS PUNTOS. YO TE ESPERO. GAAL."

Obedeció las indicaciones al pie de la letra. Pasó sobre amplios y florecientes jardines artificiales, donde escuadras de robots montaban guardia, enfilando unas armas extrañas hacia zonas de la ciudad donde no se veía absolutamente otra cosa que máquinas en movimiento, falsos humanoides, fingidos en plástico o metal. Robots por, doquier...

Los establecimientos de alimentos, bebidas y objetos superfluos, aparecían cerrados. Las máquinas no comían no bebían, no tenían

capricho. Eran sólo eso: máquinas...

Novo se preguntó qué sucedería, en su propio planeta cuando las cosas fuesen así de avanzadas, y los primates de la oscuridad de los tiempos iniciales se hicieran hombres, y los pantanos ciudades, y los yermos senderos...

—Si también ocurre algo así, no valdría la pena... —se dijo, con amargura.

Estaba ya en el Sector Sur, Nivel Tres. Caminó, paciente, entre dos robots de cuerpo metálico, cabeza con luces oscilantes, y piernas de tubo de acero articulado, rematadas en esferas rodantes de chirriante metal. Era desagradable caminar así, pero tenía que hacerlo.

En la distancia, captó un reflector rojo, de una patrulla de control cibernético de la ciudad. A su lado, había otra escuadra de robots armados. Ese reflector iba deslizándose sobre la banda móvil, a medida que pasaban los robots., Inquieto, Novo se preguntó si eso implicaría algún riesgo desconocido..., o podría pasar sin novedad por el control.

"CUIDADO —avisó el mensaje de Gaal ahora—. ZONA PELIGROSA. HAN SITUADO CONTROLES. IGNORO LA RAZÓN. CAMINA CON TOTAL NORMALIDAD. NO DEJES DE FINGIRTE UN ROBOT, Y NO TIENES NADA QUE TEMER. DEBEMOS VERNOS ANTES DE QUE SE ABORDE LA SIGUIENTE PASE DE TU MISIÓN. CRUZA ANTE EL REFLECTOR ROJO. DESCIENDE AL NIVEL DOS. BUSCA EL BLOQUE 2.074."

Obedeció, manteniéndose rígido dentro de su atavío metálico, como un robot perfecto. Pasó frente a la patrulla y el reflector rojo. Este le hirió de repente, se deslizó sobre él, tiñéndole de luminoso escarlata...

No cesó de andar. No miró. Y no sucedió nada. El reflector y la patrulla de máquinas pensantes, comenzaron a quedarse atrás.

Entonces, súbitamente, ocurrió lo peor.

El error partió de Novo. El se dio cuenta en seguida. Hubiera querido evitarlo, y no le fue posible. El instinto humano, esta vez, superó a toda idea cerebral. Su mente fue traicionada por su corazón.

Un robot, ante él, golpeó el muro de vidrio del tubo deslizante de peatones. Eso le hizo perder el equilibrio. Cayó entre la banda y

la pared. El metal se enganchó en un engranaje también metálico. Arrancó unos cables de los contactos electrónicos de la banda móvil; El robot chisporroteó violentamente, empezando a despedir llamaradas.

Sonó la sirena de urgencia, requiriendo automáticamente ayuda de las Patrullas de Auxilio Urbano. Los demás robots, impávidos, siguieron adelante, pese a cruzar ante una de las puertas de salida de la banda móvil...

Novo, ante el alud de chispas y llamas del robot humeante, prendido en la banda, saltó fuera del tubo de plástico cristalino, apenas iniciado el accidente. Luego se quedó clavado, furioso consigo mismo, consciente de su terrible error.

El ojo luminoso del proyector rojo, se clavó en él. Una sirena más potente ululó.

Una voz metálica se extendió por toda la urbe, avisando a las patrullas móviles de la policía cibernética: —¡Alarma! ¡Alarma! ¡Un extraño en la ciudad! ¡Nivel Tres, Sector Sur, 3.011 y 3.012! ¡Alarma! ¡Un no-Máquina intenta huir! Cácenlo en el acto...!

Y la cacería comenzó. Los robots se movieron hacia él.

Novo, exasperado, emprendió la fuga.

CAPÍTULO VI

ERA como huir de los dinosaurios. O de la sombra alada y siniestra de los voraces pterodáctilos, flotando sobre el suelo convulso de la Tierra en el Pleistoceno.

Sólo que estaba huyendo de mecanismos. De cuerpos de metal, con cerebro de circuitos, electrónicos. Estaba escapando a la desesperada, de enemigos artificiales, fríos e inexorables como podían serlo los monstruos de un planeta en formación.

Novo recordó las tierras violentas, el fango hirviendo los líquenes y vegetación viscosa y caliente, los cielos nubosos sobre su cabeza, en las horas rojas y turbias del nacimiento del mundo. Lo recordó mientras corría bajo aquel sol azul deslumbrante, por una jungla hecha de edificios verticales y hermosos, de líneas arquitectónicas audaces, de luz y de vidrio, de plásticos y de materias moldeadas por hombres muy avanzados e inteligentes.

Y en el fondo, las cosas no parecían tan distintas entre sí. Era como seguir luchando por la supervivencia, como enfrentarse a formas primitivas de vida. Era como tener enfrente a un nuevo y extraño dinosaurio de millares de patas, de miles de ojos, de cientos de cuerpos diversos, armonizados por un solo cerebro rector... La persecución estaba ya en su apogeo. Las órdenes, las sirenas, la alarma general, recorría toda la gran urbe sin seres humanos. Y una ciudad entera como Metrópolis, era como una trampa ingente en contra de él. Como verse aplastado por el lomo titánico y demolidor de un brontosaurio terrible...

Salvó unas barandillas, saltando a Nivel urbano, perseguidos por las patrullas mecánicas. La zona estaba siendo desalojada de robots, y proyectores de luz lanzaban chorros luminosos, inútiles bajo tanto sol, en busca de su cuerpo evasivo. Novo entendió. No era

solamente luz. Eran armas. Armas destructoras dirigidas hacia él.

En dos ocasiones, tras él, sintió el zumbido de aquella luz dirigida, y luego hubo como crujidos y un sonido sibilante y desagradable. Al volver la vista atrás, encontré con que el suelo de las vías urbanas goteaba, fundido, allí donde el rayo luminoso tocara. Si era alcanzado, sería la muerte inmediata.

Novo se agazapó, rehuyendo el contacto de aquel rayo destructor, tras edificios y jardines aéreos. Sobre él, empezaban a zumbar ahora reactores vertiginosos. Pequeñas naves, policiales recorrían el aire luminiscente de la gran urbe, en busca suya.

La cacería continuaba. El cerco se iba estrechando por momentos.

Penetró en un túnel de peatones, donde dos robots se detuvieron en seco al percibir su presencia, sin duda detectada por células fotoeléctricas. Un ser huyendo, moviéndose veloz, por impulsos no mecánicos ni fríos, era evidente que atraía hacia sí toda clase de atenciones por parte de las máquinas inteligentes.

Novo no se anduvo con rodeos. Lanzó sobre los dos robots, derribándolos aparatosamente. Uno de ellos saltó fuera del túnel de plástico cristalino, al recibir el impacto de Novo. Su cuerpo metálico volteó en el vacío, perdiéndose hacia el fondo urbano. El otro, chisporroteó, roto algún circuito de su estructura mecánica.

—Tal vez esto sea un doble asesinato para las leyes de las Máquinas —se dijo Novo con sarcasmo—. Pero es lo único que se me ocurre hacer, y no me importan las consecuencias...

La alarma se intensificó. Nuevas legiones de máquinas en movimiento recorrían la ciudad, bloqueando salidas, cerrando accesos aéreos. Algunas cargas humeantes salpicaron la geografía urbana, cerca de Novo, cuando éste fue visible de nuevo para las pequeñas aeronaves policiales. Pero también en esa ocasión eludió los impactos, por el procedimiento de hacer funcionar sus reflejos y sus actos físicos a la mayor velocidad posible, burlando la fría y mecánica acción rigurosa de los robots. Y también apelando a sus fuerzas, a su envidiable físico, a sus músculos, poderosos, y elásticos, tan diferentes a la fragilidad de los humanos de Argos, cuya agilidad y fuerza eran tremendamente limitadas. Las máquinas, programadas todas ellas para enfrentarse a esos seres humanos delicados y cerebrales, se alteraban ahora, incapaces de

controlar los actos de un verdadero acróbata y luchador, dotado de una potencia física desconocida para ellos.

Pero aun eso tenía sus límites, y Novo lo sabía. Un hombre solo, acorralado, no podía luchar contra tanto adversario unido. Lo mismo que en el remoto pasado de su mundo, no era capaz de enfrentarse a todos los peligros y salir triunfante.

Supo que se terminaban sus posibilidades cuando se encontró rodeado de legiones de robots, allá en el Nivel Seis, a enorme altura sobre la urbe, prácticamente con sólo el cielo de Argos sobre su cabeza, y el abismo insondable de las avenidas y los edificios altísimos, bajo sus pies, firmemente apoyados en la banda móvil de las torres más elevadas y verticales de Metrópolis.

—Es el fin —se dijo—. ¿Qué debo hacer? Morir, resultará estúpido y sin objeto. Acaso entregarse sea lo mejor, mientras se conservé la vida...

Contempló las naves de la policía, ululantes en el espacio, dirigiéndose hacia él. Por diferentes Niveles, subían rítmicamente las Máquinas, en busca de él. Toda evasión, toda salida, estaba definitivamente cortada.

Desalentado, bajó los brazos. Se sentó en el suelo de asfalto plástico. Esperó, sin prisas, con fatalismo...

Cuando las naves formaron cerco sobre él, y los robots asomaron por ambos extremos de la vía aérea, se incorporó despacio. Alzó sus brazos, en gesto de rendición.

—Está bien —dijo—. Me entrego, malditas máquinas. Ya no puedo luchar más...

Inexorables, frías, sin emociones, las máquinas, las máquinas siguieron su avance hacia él.

* * *

Ojos invisibles se centraban en su figura. Un cerebro que no podía localizar, pero sí percibir cercano, pensaba algo sobre él.

En torno, silencio. Mutismo, vacío. Apenas un poco de luz, reflejo de otras luces. Y él solo. Esperando..:

Su figura desnuda, de atleta, de gladiador de los espacios, sometida a la vigilancia de algo o alguien. Quizá ante la perplejidad de unos circuitos programados para verse ante seres humanos muy diferentes en lo físico, el examen frío, insensible, de un mecanismo creado por el hombre, y rebelado contra el hombre por extraños y

misteriosos motivos. Máquinas que pensaban. Máquinas demasiado perfectas. Al ser dotadas de pensamiento fueron dotadas simultáneamente de maldad, de egoísmo, de mala fe. Era inevitable. Al dejar de ser metal inanimado, sin inteligencia, propia, para convertirse en un cerebro dotado de propias decisiones, llegó la catástrofe.

—Eres humano —dijo de repente una voz metálica.

Se encogió de hombros, dominando su leve sobresalto al romperse el silencio.

—Sí —admitió—. Soy humano.

—Pero no eres un hombre de Argos.

—No lo soy.

—Eres fuerte. Muy fuerte.

—Tal vez lo sea. Nunca me paré a pensarlo.

—Eres más primitivo que ellos. No tienes su gran inteligencia.

—No me hace falta. Yo nunca hubiera creado máquinas pensadoras. Y esto no: sucedería;

—Eres altanero. Atrevido. . —Es posible.

—Eres peligroso. Peligroso para nosotros.

—No parece esa mi situación actual.

—Ellos son nuestros esclavos. Los hemos vencido. Podemos vencer a todos. Á todos los humanos. Incluso a los fuertes, como tú.

—No he, dicho que no. Me vencisteis, ¿no es cierto?

—No es suficiente. Pueden venir otros como tú. No estamos preparados para luchar contra humanos de tu clase. Sois demasiado fuertes. Lo que os falta de cerebro, os sobra de músculos. Eso es peligroso. Sólo sabemos luchar contra personas muy inteligentes, no contra personas muy fuertes.

—De momento, estoy sólo. ¿Qué podéis temer de mí?

—Eso es el problema: de momento. ¿Cuándo vendrán más?

—Pueden venir en seguida —rió Novo—. O tardar siglos.

—Responde: ¿cuándo vendrán más?

—No lo sé.

—Mientes. Responde la verdad, o te sacaremos la respuesta a la fuerza. Nuestros métodos son muy dolorosos para los prisioneros, te lo advertimos.

—No me asusta el dolor. Nunca me asustó sufrir.

—Tu cerebro es diferente a los demás. No logramos leer nada en

él. Es mejor que te sometás voluntariamente al interrogatorio. O sufrirás corno jamás soñaste en sufrir.

—Eso tal vez ocurra con los humanos de este planeta. Yo estoy acostumbrado al sufrimiento. No vais a inquietarme.

Se contuvo, con un gesto rudo, mordiéndose el labio para no gritar. Algo, un trallazo doloroso, sacudió su cuerpo y alcanzó su cerebro, perforándolo como una aguja de acero candente. Sus músculos vibraron, sus ojos se, humedecieron, y el dolor se hizo insostenible. Aún así, lo soportó. No gimió siquiera. No reveló emoción alguna. Su pétreo rostro bronceado, de hombre rudo y vigoroso, no mostró miedo, ni angustia, ni tan, siquiera dolor.

El sufrimiento cesó, tan bruscamente como se iniciara. Respiró hondo. Y hasta se atrevió a sonreír, hacia las sombras de la sala enigmática donde se hallaba solo y desnudo, enfrentado a sus invisibles verdugos e interrogadores.

—¿Eso es todo lo que podéis hacer conmigo? —se burló, con sarcasmo.

No, no era todo, ciertamente,

No le respondieron. No con palabras, cuando menos. De nuevo la sacudida dolorosa, esta vez crispada, terrible, sacudió su cuerpo en un espasmo tremendo. El dolor invadió su mente, le gitó, con repentina y lacerante intensidad, agitándole en una agonía que parecía el final de todo lo tolerable.

El sudor perló su rostro, empapó su piel, haciendo brillar los manojos musculares bajo la epidermis. Cesó de nuevo el dolor. Hubo un silencio.

—No —dijo la voz metálica—. Podemos ir más lejos. Hasta destruir. ¿Has comprendido lo que puedes sufrir, si nos empeñamos en interrogarte por la violencia?

—He comprendido una cosa: que puedo soportarlo. Y morir sin hablar, sin dar respuestas. Eso también lo habéis comprendido vosotros. Mi resistencia tiene un límite. Si se sobrepasa, llega la muerte. Pero nada más. Puedo sufrir. Y morir. Sólo eso.

—Eres muy valeroso. Muy duro, hombre desconocido.

—Posiblemente lo sea. No sé lo que haréis de mí, pero aunque algo sepa, no voy a hablar. Y no vais a vencerme, salvo acabando con mi vida. Eso es algo que ya sabía de antemano.

—Eso nos evitará más problemas contigo. Matarte es fácil. Pero

quizá no sea prudente para nosotros. Nos sirve de algo tener cerebro. Podemos pensar, y eso nos convierte en un enemigo capaz de venceros, pese a todo vuestro orgullo. Escucha esto: no vas a morir. No aún. Tu destino será mil veces peor que la muerte. Pero en tantos, serás observado, estudiado. Como un sujeto de laboratorio. Así descubriremos cómo sois realmente vosotros, esa clase de hombres fuertes y de cerebro vulgar. ¡Y podremos estar preparados para venceros, si llegáis a venir en mayor número a Argos.

—Nunca nos ¡venceréis —alardeó Novo, mientras hacía funcionar su cerebro, tras el informe de la máquina invisible.

—Eso..., ya lo veremos. ¿Cuál es tu nombre o tu número de control?

—No tengo número de control. Soy Novo. Ese es mi nombre.

—Desde ahora tendrás un número Novo. Serás el Humanoide 106-215.

—¿Eso significa algo?

—Sí. Significa que ante ti, sólo existen los números de control hasta el 106-214. Esos son todos los humanoides de Argos, prisioneros de nosotros, las Máquinas... Más de un millón...

—Más de un millón... —reflexionó Novo—. Son muchos. Pero debieron ser antes muchos más, para tener ciudades como ésta, en una planeta tan grande como éste...

—Sí. Fueron muchos más. Diez o veinte o cien veces más...

—Y..., ¿qué fue de ellos?

—Murieron. Todos. La esclavitud bajo nuestro mando, es muy dura, Humanoide. Muy dura...

Novo no pudo responder. Repentinamente, su cerebro sufrió otra descarga, pero esta vez no era dolorosa. Esta vez, fue como un impacto adormecedor. Sintió torpeza, flojedad, fatiga en su cuerpo. Una neblina en su mente...

Y se desplomó, sin sentir ya absolutamente nada, en la soledad de aquella cámara vacía, sumida en penumbras:

* * *

Aquel terrible despertar...

¿Era el despertar de una pesadilla inaudita, de un sueño imposible? ¿O era ahora cuando estaba soñando con que nada de cuanto sucediera había ocurrido?

Las brumas flotaban sobre él. Y en torno suyo. El aire era caliente, sulfuroso. Se percibían cercanos gorgoteos de algo en ebullición...

La oscuridad era casi total. Había resplandores rojizos o cárdenos, surgiendo acá y allá, entre gases amarillentos y oscuros...

Ni luz, ni negros cielos estrellados, ni edificios, ni formas concretas. Nada. Otra vez la oscuridad, los fulgores infernales, el calor, los vapores volcánicos...

¿Dónde estaba? ¿Qué lugar era aquél? ¿Qué sucedía?

Se incorporó. Asombrado, contempló, en la penumbra roja de los resplandores, su cuerpo semidesnudo, envuelto en pieles... Como hipnotizado, clavó los ojos en el suelo rugoso, caliente, por entre cuyas rendijas se filtraban vapores sulfúricos, calor intenso, húmedo, y irrespirable...

Novo se movió con dificultad. Sus pies desnudos le ardían nuevamente. Su planta tocaba el suelo cálido, y abrasador a trechos. Estaba solo. Sólo, perdido en un lugar inaudito, qué había creído perdido para siempre.

—No, no puedo creerlo.—susurró a flor de labio—. Todo eso...; no pudo ser un sueño...

Sus brazos rozaron algo caliente, viscoso, mojado. Se retiró, con asco. Miró lo que había tocado su cuerpo. Plantas. Vegetación del Pleistoceno. Líquenes pegajosos. Más allá, un pantano. Burbujas de fango hirviente... Fuego de cráteres, lava endurecida...

Sacudió la cabeza, atónito. Tal vez estaba soñando ahora. Tal vez era una pesadilla una atroz pesadilla: la de su retorno al lugar de donde procedía. El regreso a la barbarie, a la noche de los tiempos pasados...

De repente, un ruido familiar le llegó. Una serie de crujidos, de roces. Luego, súbita, atterradoramente..., un bramido.

Y una forma gigantesca, enorme, de largo cuello y cuerpo altísimo y giboso, emergió allá en la distancia, recortándose contra el fulgor rojo de los cráteres en llamas... Alto como árboles inmensos... Monstruoso, devastador, tremendamente familiar...

|Un dinosaurio...!

—¡Oh, no, no! —gimió con horror Novo—. He vuelto... ¡He vuelto! No es un sueño... |Estoy de nuevo en la Prehistoria...!

Y cayó de rodillas, aterrado, lleno de la mayor angustia

imaginable.

* * *

La Prehistoria otra vez...

La barbarie, la oscuridad mental, la simple fuerza física, el primitivismo, la lucha contra los grandes monstruos de un mundo en formación, de un período cuaternario... Acaso las tribus, las costumbres salvajes, la vecindad biológica con los primates...

No era posible: Todo lo ocurrido había tenido que ocurrir. No podía concebir un sueño semejante. Su cerebro no era como ahora. No podía pensar, no hablaba, ni siquiera sabía soñar, p no recordaba sueño alguno en su existencia primitiva...

Ahora, sí. Estaba pensando, horrorizándose con su terrible destino. Estaba sufriendo ante la realidad inexorable de su regreso al mundo primitivo en que el hombre ni siquiera había empezado aún a ser hombre.

Estaba reaccionando cómo un ser humano avanzado, frente a un verdadero horror como aquél. Por tanto, él era ya Novo, no un homínido vulgar.

—Puedo hablar... —susurró. Y añadió en voz alta, casi en un grito, como tratando de convencerse a sí mismo—. ¡Puedo hablar, sé construir frases, sé pensar, recordar, sé lo que es vivir, he viajado por el espacio, he visitado otro planeta! ¡No soy un salvaje, no soy un sucio mono velludo, arrastrándose por la Tierra antes del Diluvio...!

Se tocó el rostro, los cabellos, sus brazos, su torso... No, no había vello hirsuto, de primate. Sólo cabellos en su cráneo. Sólo allí... Era un hombre, un ser consciente, inteligente, con raciocinio... No podía descuartizar un dinosaurio y repartirlo con gente de su tribu. No podía hablar a gruñidos, golpear a otros, moverse como una fiera...

Y, sin embargo...

Sin embargo, allí estaba. De regreso. Otra vez en el mismo lugar de donde surgiera. Como la peor de las pesadillas. Como el más alucinante de los destinos.

—No, no —gimió—. No quiero continuar aquí... ¡No puedo vivir ahora en este lugar, en este modo de existencia...

El bramido se repitió en la distancia. La sombra del dinosaurio sé agrandaba por momentos. Iba hacia él. Debía haberle olfateado. Presentía la existencia del enemigo tradicional.

Y él, ni siquiera tenía armas en sus manos ahora. Sabía que incluso algo había perdido, al estar de vuelta a su mundo: su capacidad de lucha, su fiereza instintiva y primaria para luchar contra la fiera.

Esta vez, el dinosaurio vencería. No podía ser de otro modo.

Y su victoria, sería la muerte.

No, no podía entender lo sucedido. Sólo supo que estaba esperando. Esperando a que el monstruo llegara y le aplastase, devorándolo con sus fauces titánicas:..

CAPÍTULO VII

CERRÓ los ojos.

Al abrirlos, esperaba que la visión hubiera desaparecido. Que su mente no le jugase la mala pasada de hacerle ver un mundo que había quedado a distancia de años-luz de él, en el Cosmos sin fin.

Cuando alzó sus párpados, la desolación le invadió. Sintió rabia, furia, deseos de morir inmediatamente, sin siquiera resistirse a su destino.

Todo seguía igual. No había sido jugarreta mental de las máquinas, una alucinación provocada, como él esperaba. No, nada de eso.

Allí seguía él. Rodeado de brumas, enfrentado a la noche siniestra de una Prehistoria convulsa. Y con un dinosaurio colosal, avanzando hacia él, tronchando arbustos y piedras a su paso, levantando aludes de fango hirviente de los pantanos, con sus patas estremecedoras...

—De modo que, realmente, he sido devuelto a mi mundo!., — jadeó—. ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?...

Miró atrás. Buscó protección en alguna parte. Solamente descubrió un macizo rocoso, con hendiduras y grietas en su muro. Y algunas bocas de cavernas también. Pero muy altas, en un farallón cortado a pico, que descendía sobre una sima en cuyo fondo, rojo y humeante, se veía un cauce terrorífico... de lava volcánica en plena ebullición.

Eligió con rapidez. Entre la lava abrasadora y el fin de las fauces dentadas del dinosaurio..., era preferible aquella. Más rápida quizá. Menos cruel.

Tomó impulso. Sus poderosos músculos se tensaron, tras la contracción inicial. Saltó.

Fue un brinco suicida, sobre un abismo angosto, pero aterrador, de cientos de pies de profundidad, con la muerte abrasadora al fondo, reptando como una larga, interminable culebra de fuego líquido.

Alcanzó el farallón rocoso. Se aferró a él, a la desesperada. Sus dedos poderosos se hincaron en grietas abiertas en la roca viva. Empezó a reptar, a escalar como un auténtico simio. Algo que jamás podrían hacer los humanoides dé Argos..., si es que habían existido alguna vez, salvo en su mente.

El dinosaurio había llegado al otro lado. Pero la bestia enorme, de largo cuello, un ejemplar típico de iguanodón, verdoso y cubierto de duras escamas, con una espina dorsal blindada con púas aceradas, con una larga boca, de fauces calientes y nauseabundas, no tuvo el mismo valor que el humano.

Rugió, furiosa, ante el angosto desfiladero, del que subía el calor del mismo infierno, miró con rojos, candentes ojos de ira a su presa evadida, y tras otro bramido de disgusto, dio media vuelta, alejándose erguido, cuál remedo grotesco y ciplópeo de una humana criatura, agitando con ira su cola escamosa.

—Nunca vi un iguanodonte parecido a. ése... —comentó entre dientes Novo—. Juraría que tiene algo diferente; las escamas, su armadura de la espina dorsal, no sé... Es un nuevo tipo de bestia prehistórica...

Siguió escalando, con agilidad creciente, ahora ya sobre una aparte más rugosa y accesible del muro. Hasta, alcanzar una boca oscura, lóbrega. La de una de las numerosas cavernas abiertas en aquel muro. Un sórdido camino hacia lo desconocido.

Pero ante la muerte segura, allá abajo, y el destino improbable allá dentro, en la oscuridad ominosa. Novo escogió este último camino.

Se introdujo en el hueco, en la oscuridad. Respiró con alivio, al sentir un aire húmedo, fresco, vivificador, tras la experiencia violenta allá afuera, respirando las emanaciones candentes de la sima con lava líquida en marcha.

—Y ahora... —se dijo en voz alta, en plenas tinieblas—. Ahora..., ¿qué va a suceder?

La voz le respondió, inesperadamente:

—Ahora se cumplirá tu destino inexorable, si Dios no lo

remedia, hermano. Y eso es peor que morir mil veces...

* * *

Novo iba de sorpresa en sorpresa.

Tras el horror de enfrentarse nuevamente al pasado, a su época remota de la que parecía en realidad tan próximo, por la distorsión Tiempo-Espacio sufrida en el viaje galáctico con el sabio Gaal y el guerrero Ptak, ahora el enfrentamiento a otro factor desconocido y sorprendente: una voz humana que le hablaba, llamándole "hermano".

—¿Eh? —masculló, aturdido—. ¿Quién es? ¿Quién habló?

—Yo, hermano —sonó la voz—. ¿No puedes ver?

—No, no puedo ver nada. Sólo oscuridad... ¿O acá so mis ojos han cegado?

—No cegaron. Eres nuevo aquí, eso es todo. Ya te acostumbrarás a la oscuridad. Terminarás por ver, como nosotros vemos. Si asomáramos ahí fuera, cegaríamos. Y tú vienes del exterior...

—No comprendo lo que ocurre. ¿Quiénes sois, y qué hacéis aquí dentro? ¿Por qué cegaríais a la luz? ¿Por qué hundirse en las tinieblas?

—El tiempo te contará todo eso, hermano. Eres extraño. Diferente a nosotros, según veo. Pero tienes muchas cosas en común. También tú..., también tú eres un humano.

Se estremeció Novo. Un humano... Luego ellos lo eran. Humanos en la oscuridad. Viendo en la sombra. Ciegos, si asomaban a la luz. El tiempo... Era una idea horrible. El tiempo... allí dentro.

—Creo que me iré al exterior —jadeó Novo—. Prefiero ver algo horrible..., a no ver nada. :

—No te dejarán ir afuera. No nunca más. Estoy seguro de ello.

—¿Quién va a impedírmelo?

—Ellos.

—¿Ellos? ¿Quiénes son "ellos"?

—Los mismos que te trajeron, hermano. ¿Qué te ocurre? ¿Acaso olvidaste ya, o has enloquecido? Tu cerebro debe ser diferente al nuestro, no sé si por suerte o por desgracia. Tu físico es muy distinto, eso sí. Eres fuerte, vigoroso, ágil... Por eso pudiste estar afuera..., y entrar.

—Pero..., ¿y "ellos"? ¿Quiénes son? —insistió Novo.

—Naturalmente, los robots. Las Máquinas, ¿no comprendes?

La luz se hizo en la mente de Novo, de forma repentina. Casi sintió alivio, dentro de su horror.

—¡Las Máquinas! —jadeó—. ¡De modo que es cierto! ¡Estoy en Argos!

—No-negó la voz en la sombra—. No estás en Argos.

—Pero..., pero Argos existe...

—Claro que existe —sonó plañidera la voz—. Sólo que ahora estás en Kanhz, la cuarta luna de Argos... Un mundo caótico, convulsivo, en formación. Ese es el lugar adonde fuiste desterrado hasta morir, hermano.

—Entiendo. Y vosotras, por tanto, sois..., sois los humanos de Argos. Los prisioneros de las Máquinas...

—Eso es. Prisioneros como tú. Entregados al peor destino imaginable. Por eso no te puedo decir que seas bienvenido aquí, sino que te compadezco..., y espero que tu suerte no sea demasiado horrible.

Reinó un profundo silencio en la caverna oscura. Novo no supo qué decir en esos momentos. Estaba demasiado aturdido para hablar. E incluso para pensar.

* * *

Tiempo...

Todo era cuestión de tiempo. Eso había dicho «1 otro prisionero. Y Novo empezaba a darle la razón.

—Empiezo a ver algo —musitó—. Poco, pero veo.

—Te lo dije. Pronto tus ojos se acostumbrarán a esta oscuridad. Rehuirás la luz, como todos nosotros. Igual que si fuéramos alimañas, hermano.

—Aparte moveros y vivir en la oscuridad, ¿qué hacéis en este lugar? —quiso saber Novo.

—Vegetar. Trabajar. Y morir.

—¿Trabajar? ¿En qué?

—En las entrañas de estas tierras, violentas... Hay materia vital para las máquinas. Un mineral poderoso, radiactivo. Energía para sus baterías y alimentadores. Lo extraemos de galerías en sombras, donde sólo brilla el resplandor azulado de ese mineral, en sus vetas. Nos sirven una bazofia de alimento. Y nos van exterminando lentamente, en tanto ellos llenan y llenan su provisión del mineral energético que precisan, el azukriptonio. Esa radiación, constante,

afecta a nuestros cuerpos, que se agotan y debilitan, hasta extinguirse en corto espacio de tiempo. Es el destino de los esclavos de los robots.

—¿Y cuando el último humanoide se extinga, cómo obtendrán ellos el azukriptonio preciso para subsistir? —No sé. Sus reservas durarán siglos es evidente. La Cyborg X, la gran máquina del profesor Olk, ese maldito traidor fanatizado, es la que programa sus necesidades. De igual modo, estoy seguro que programará a qué mundos ir un día, en busca de esclavos para el gobierno de las Máquinas. Son capaces de todo.

—¿No hay posible resistencia, una rebelión, un levantamiento contra esa tiranía...? . —Imposible. Nuestros cuerpos son débiles. Demasiado débiles para vencer a las serpientes mecánicas...

—¿A... qué? —se sorprendió Novo.

—Las serpientes. Son sus guardianes. Culebras de metal plano, como cintas. Todo está lleno de ellas. Actúan magnéticamente, por atracción de nuestros propios cuerpos. Poseen una especie de vida propia. Si hablamos algo subversivo contra las Máquinas, las cintas reaccionan. Golpean, oprimen como tentáculos... Pueden triturar piernas o brazos..., e incluso estrangular. Hay cientos de ellas, dispersas por muros, suelos, rendijas... Las Serpientes de Metal son terribles, si se hace algo violento, fuera de lo programado estrictamente en la labor cotidiana. El que se atreve a actuar a su albedrío, es exterminado en el acto por las cintas de metal. O reducido a una piltrafa humana, que agoniza lentamente en cualquier rincón, sin que nadie pueda ayudarlo. El que se arriesgue a algo así, es, a su vez, víctima de las Serpientes.

Novo se estremeció: Sacudió la cabeza, en aquella oscuridad que ahora paulatinamente, al habituarse sus penetrantes pupilas a la sombra, se convertía en suave penumbra rojiza, que le permitía ver hileras, masas completas de cráneos pelados y brillantes, cabezas calvas, desarrolladas, de los humanoides de Argos. Gente como Ptak, como Gaal, como Aghorn antes de perder su medio cuerpo inferior y suplirlo por un mecanismo de acero; Gentes cautivas. Todo el pueblo de Argos, sometido a un horror indescriptible, mil veces peor de lo sugerido por Gaal o Ptak.

—Espantoso —musitó Novo, sombrío, inclinando su cabeza diferente a la de todos, provista de cabellos claros, de homínido

menos avanzado, de hombre donde cerebro y músculos formaban una amalgama, una armonía total. Pero que de nada o muy poco podía servirle, pese a las esperanzas depositadas por Gaal y Ptak en su persona.

—Sí, esa es la palabra: espantoso . —murmuró su amigo. Ahora, Novo sabía que era un hombre de edad avanzada, de rostro enjuto, de cerebro bastante desarrollado. Y, lamentablemente, de físico frágil y quebradizo. Demasiado quebradizo, incluso. La salud, la escasa salud física de los superiores en mentalidad, aparecía muy minada ya en aquel desdichado esclavo de los robots.

Ambos permanecieron en silencio. Los ojos de Novo escudriñaban la tenue claridad rojiza, en busca de algo: las Sierpes, las temibles bandas metálicas vivas. No vio ninguna, al menos por el momento. Pero existía un medio seguro de verlas, y él sabía cuál era.

Se irguió, decidido, de repente.

—No voy a soportarlo —dijo, con énfasis.

—¿Soportar? ¿El qué? —se interesó débilmente, con escepticismo, el prisionero vecino a él, sentado como todos en el duro suelo, en actitud contemplativa y dócil.

—Esto. Esclavitud, trabajo y todo eso. No trabajaré para ellos. Me rebelaré.

—Cuidado —musitó, asustado, el anciano. Miró, con inquietud, en derredor—. No hagas eso, hermano. Podrías provocar sus iras...

—Y bien, ¡las provocaré! —rugió Novo, irguiéndose cuan alto era, y desarrollando los músculos de su torso y brazos poderosos—. ¡Me niego a trabajar, me niego a colaborar con esos monstruos de metal, faltos de sentimientos y de auténtico cerebro! ¡Son sólo máquinas, y nos deben la existencia! ¡Sin nosotros no serían nada, no existirían! ¡No tenemos por qué esclavizarnos a ellas! ¡Hombres de Argos, uníos a mí, sed rebeldes por una vez siquiera!

Todos le escucharon entre amedrentados y escépticos. Nadie movió un músculo, nadie hizo un gesto o un movimiento. Una auténtica masa de rostros pálidos y demacrados, le contemplaban, como en una pesadilla, en la inmensa cueva abovedada. Acaso cinco o seis millares de esclavos se limitaron a escucharle con indiferencia. Y también con miedo. .

Miedo a las consecuencias. Miedo a algo que no se hizo esperar.

Las Sierpes.

Las bandas metálicas vivientes. Aparecieron de súbito. Y de pronto atacaron al rebelde.

Cayeron sobre Novo cómo alimañas surgidas de paredes y suelo. Como una nube de inesperados murciélagos. Parecían volar, restallando en el aire de la caverna su superficie ondulante, de flexible acero. Y todas, absolutamente todas, como una bandada de aves furiosas, caían sobre él, como si algo en Novo las atrajese fatalmente.

Novo exhaló un grito ronco, dé ira y de dolor. Restallantes, furibundas, las Sierpes se enroscaron a su cuello, bíceps, piernas, cintura, e incluso en torno a la cabeza. Cada lámina de ondulante metal flexible, liviano, pero terriblemente resistente, dotado de un raro poder propio, de un magnetismo agresivo y cruel, fue como un látigo brutal contra él. Además, emitían una especie de hormigueante y sutil corriente eléctrica, que llegaba al cerebro en forma de ondas dolorosas, paralizando las ideas y los afanes agresivos del rebelde.

—| Ya basta, ya basta! —masculló, furioso—, sin desasirse de las bandas metálicas, que eran como grilletes en brazos, piernas y cuello—. |Malditas cosas...!

Las "cosas" cejaron paulatinamente en su furia, a medida que Novo frenaba sus Ímpetus, cedía en su resistencia física, y no gritaba ni gesticulaba contra los extraños enemigos inanimados.

Por fin, se fueron desprendiendo de él, colgaron como jirones de algo vivo, pero roto, y terminaron) por alejarse, reptando o adhiriéndose a los muros, igual que si fuesen auténticos reptiles o lagartos. La calma volvió al lugar. Los testigos de la escena, mudos e inmóviles, no habían hecho el menor ademán de moverse para ayudarle en absoluto.

—¿Así entendéis vosotros la solidaridad? —se irritó hoscamente Novo—. Pudisteis intervenir en mi favor;... Sois muchos.

Se detuvo y controló sus impulsos. En las paredes, algunas de las Sierpes de acero habían comenzado a culebrear de nuevo, amenazadoras. Al callar Novo, se mantuvieron quietas ellas. Novo las observó de soslayo, mientras su vecino, mirándole fija y tristemente, era quien hablaba:

—No podríamos hacer nada. Tenemos experiencia en estas

cosas. Por cada uno de nosotros, aunque seamos muchos, hay una docena de Sierpes como mínimo. Brotan de todas partes. No hubiéramos logrado nada, salvo añadir nuevas víctimas a una lista ya interminable y dolorosa, hermano.

—Perdonad. Tal vez me precipité al juzgaros. El error fue mío. No debí rebelarme.

—Exacto. No debiste hacerlo hermano. No resuelve nada. Y puede crearte problemas. Las primeras veces, no son particularmente crueles. Toleran los conatos de rebeldía Individual, sin matar o inutilizar al rebelde. Pero van siendo más y más feroces a medida que pasa el tiempo. Si alguna vez te exasperas, esas Sierpes te reducirán las energías y te harán ver que conviene callar, trabajar, aceptar esta vida horrible, a la espera de la muerte Inevitable...

—Esas bandas de acero no poseen cerebro. Ni mecanismo alguno. Actúan de modo súbito y bien controlado. ¿Cómo pueden hacerlo?

—No lo sabemos —suspiró su compañero—. Deben estar dirigidas a distancia. Control remoto, ya sabes...

—Sí, ya sé —murmuró ahogadamente Novo—. Es una explicación, pero no sé... Se me ocurre algo más.

—¿Qué se te ocurre?

—No, nada —Novo sacudió la cabeza—. Ya veremos. Aquí es preferible hablar poco. Y hacer menos. Seamos obedientes.

Y no añadió más. Pero hubiera podido decirle a su compañero de cautiverio, que de haberlo deseado, hubiese arrancado de sus brazos, piernas e incluso cuello, las láminas de metal viviente, con alguna facilidad, recurriendo sólo al vigor de sus músculos. Sin embargo, ni a sus compañeros debía referirles tal cosa..., ni las Máquinas debían sospecharlo en absoluto. Bien utilizada, ésa podía ser una baza a su favor, llegado el momento oportuno.

Se sentó junto a todos los demás. Pareció contagiarse de su pasividad silenciosa y triste. Aceptar su destino de sometido, de hombre vencido, de simple esclavo, destinado a morir extrayendo azukriptonio, el precioso mineral radiactivo de las entrañas de la Cuarta Luna de Argos, la llamada Kahnz, en servicio de la supervivencia de las máquinas rebeldes.

Sólo que ahora veía clara la intención secreta de Gaal, el

científico. Y de Ptak, el guerrero.

Si una esperanza viviente existía de enfrentarse a las Máquinas con una remota posibilidad de triunfo... esa esperanza era él. Novo, hombre de la Tierra primitiva, Novo, ciudadano ahora dé Argos. Humanoide 106-215, para la nomenclatura de control de los robots tiránicos.

TERCERA PARTE —LAS LUNAS DE ARGOS

CAPÍTULO VIII

—**S**ÓLO un número...

—Sí, Novo. Antes fui el ciudadano Agak. Era cuando todo iba bien en Argos, y nos creíamos los seres más perfectos de la Creación. Quizá lo fuimos realmente. Pero hasta lo más perfecto puede fallar, cometer errores. Nosotros los cometimos. Ahora estamos pagando nuestro tributo. No se puede basar toda una existencia colectiva en la Ciencia, la Tecnología y la Mecánica, el progreso y el bienestar. Hay que recordar cosas olvidadas: el alma del hombre, la voz del Señor, la insignificancia del Hombre ante su Creador, y su destino, en medio de la inmensidad de los astros y del vacío que los sustenta... Sí, Novo, hermano mío. Ahora, sólo somos números. Tú, el Humanoide, 108-215. Yo, el Humanoide 82-577. Y así todos. Números, cifras... Computados, como hicimos nosotros con las máquinas que ahora nos gobiernan. Fue nuestro error, no el de ellas.

—Sí, creo entender —suspiró Novo—. Quizá un día lejano, en el mañana, nuestro propio mundo, el mío, del que yo procedo, cometa errores parecidos.

—¿Todavía no los cometió?

—No tuvieron tiempo —sonrió Novo, sacudiendo la cabeza, mientras avanzaban las hileras de trabajadores, a la luminiscencia azul de las grandes vetas de azukriptonio, en las galerías sórdidas y profundas de la tierra de Kanhz, la Cuarta luna—. No, aún no, hermano Agak. Están empezando a vivir. Tal vez ahora, mientras, tú y yo hablamos aquí, a millares, millones incluso de años-luz... ellos realmente hayan evolucionado. El Tiempo, en un vuelo intergaláctico, tiene tan poca importancia, un valor tan relativo... Aprendí todo eso en el gran viaje de unos mundos a otros. Aprendí

muchas cosas, aprendí, sobre todo, una gran lección, Agak.

—¿Cuál?

—La de que todos nos necesitamos. Y ninguno es superior realmente a otro. Supercivilizados como vosotros, buscasteis a uno como yo en un mundo lejano. Me sacaron de entre antropoides y primates. No poseo un cerebro privilegiado, como vosotros. Soy mentalmente vulgar. Pero poseo algo que vosotros no tenéis: poder físico. En cualquier caso, somos incompletos, imperfectos. Valemos muy poco. Y pensamos tener un valor trascendental en la marcha del Universo todo. Somos unos locos. Todos, Agak. Los humanos, estamos realmente locos.

—Es posible. Y éste es nuestro castigo...

Estaban ya extrayendo el azukriptonio. Entre sus manos enguantadas, que manejaban el mineral en bruto, éste brillaba como radium en la oscuridad, pero infinitamente más limpio y azul. A veces, su luminiscencia dañaba los ojos, habituados a las tinieblas.

Era una estampa patética, increíble. Largas hileras silenciosas, millares y millares de seres de cráneo desarrollado i y lustroso, de frágil cuerpecillo sin energías apenas, luchando por extraer de la roca aquel mineral valiosísimo, fuente de energía para los robots y las computadoras.

—Al principio, creí haber vuelto a mi propio mundo —murmuró Novo—. Hasta que supe por ti que ésta era una de las cuatro lunas de Argos, y en ella toda la vida transcurre, como en mi mundo al iniciarse el ciclo vital. La Tierra no es el único mundo con una Prehistoria. Todos los planetas comienzan igual. Y paulatinamente, envejecen y se enfrían como ocurrió con las demás lunas de Argos. Como ocurrirá con mi propia mundo. Y con este satélite que ahora ocupamos, Agak.

—Silencio —avisó, metálica, una voz que parecía proceder de todas partes—. Trabajen en silencio. No hablen. No malgasten energías. Silencio absoluto. Silencio, o habrá castigo.

—Silencio —avisó, metálica, con una voz que parecía proceder de todas partes—. Trabajen en silencio. No hablen. No malgasten energías. Silencio absoluto. Silencio, o habrá castigo...

Novo y Agak se miraron en silencio. No hablaron más mientras duró el trabajo. Al final de la jornada, la dura tarea había dado

excelentes frutos. Muchos trozos luminosos, azul brillantes, reposaban en las gonetas automáticas de los robots. La carga valiosísima iría a parar a sus almacenes. Significaba larga vida para las Máquinas.

La comida era, realmente, miserable y fétida. Pero todos comían vorazmente aquellas verduras cocidas, y aquellos trozos de dura carne de animales de la Prehistoria, cazados allá, afuera, por algún procedimiento electrónico.

Cuando llegó la hora del descanso, Novo reflexionó en silencio, contemplando la dormida masa de esclavos, dispersos en torno suyo. Ellos dormían antes que él. Su agotamiento físico, era muy superior al de su cuerpo atlético, vigoroso, lleno de energías, incluso tras la exhaustiva jornada. Les compadecía interiormente. Pero también debía compadecerse a sí mismo. Estaba abocado a una suerte funesta, como la de los demás. Quizá había un medio de luchar contra las Sierpes. Pero, ¿y para escapar de la apocalíptica luna de Argos? ¿Y para vencer definitivamente a las Máquinas?

—Todo eso resultaba tan utópico aún...

Se durmió pensando en ello. Como se durmió al día siguiente, y al otro, y al otro...

Nada ni nadie parecía capaz de romper la monotonía obsesiva y angustiada de los esclavos humanos en el satélite de la Prehistoria. Jornada a jornada, fecha a fecha, seguía la extracción de azukriptonio en las hondas galerías del lugar.

Pero también, fecha a fecha, se debilitaba la moral de Novo, ya que no su espíritu y su fuerza física indomables..., y se iba haciendo más y más a la idea de que aquel cautiverio era eterno. Y que allí moriría, irremisiblemente, ligado a su esclavitud bajo el poder tiránico de las Máquinas...

Ni siquiera sabía cuántas jornadas llevaba allí encerrado, cuando los robots guardianes trajeron a dos nuevos esclavos, dos humanoides de Argos, los números 106-216 y 106-217...

Las últimas esperanzas de Novo se evaporaron al verles entrar.

Eran Ulnia, la hija del traidor Olk... y Gaal, el sabio; el hombre que moldeó su personalidad humana.

También ellos, finalmente, habían caído.

* * *

—Sí, hemos caído. Sólo queda ya Ptak, el guerrero..

—¿Qué habrá sido de él, Gaal?

—No lo sé. Ni deseo saberlo. En tanto lo ignore yo, lo ignorarán ellos también. Cuando sepan algo, la libertad y la vida de Ptak no valdrán uña sola moneda, Novo.

—¿Cómo pudo suceder?

—¿Nuestra captura? —ante el asentimiento de cabeza de Novo, Gaal se explicó concisa y secamente—: Cometimos algunos errores. Estábamos preocupados por tu suerte, Novo. No sabíamos de ti, pensamos si estarías muerto o vencido definitivamente... Ulnia y yo nos reunimos urgentemente en un lugar aislado, desconocido para las Máquinas. Pero debieron localizarla a ella, captar alguna señal de su cuerpo, sabiendo que quien se movía era un humano y no un robot. Actuaron muy astutamente. Nos cercaron. Cuando quisimos escapar, era tarde. Estábamos bloqueados por completo. Y ahora... aquí estamos. En un mundo harto parecido al tuyo, ¿no es cierto, Novo?

—Muy cierto, Gaal. Tremendamente parecido... Pero en mi mundo no había más enemigos que los monstruos dinosaurios..., y los propios hombres primitivos. Aquí, están las Máquinas...

—Sí. Y éstas son las, más fuertes. Me temo que luchamos en vano. Si no has podido tú evadirte, vencer a los robots..., ¿quién lo hará ya?

—Eso es lo que yo me digo —se encogió de hombros Novo, con fatalismo—. Si yo fracaso, fracasarán todos.

—¿Te das por vencido, Novo? —preguntó, dolorida, Ulnia.

—Por completo —Novo contempló la serena belleza plateada de la hermosa joven de Argos, la hembra más perfecta, delicada y maravillosa que jamás viera él en su existencia, e incluso en las imágenes que a su cerebro y ojos le proporcionara a Gaal durante su educación intensiva a bordo.

—Pero eso es horrible —gimió Ulnia—. Nos sentencia a todos irremisiblemente...

—Lo siento tanto como vosotros. También soy ahora un esclavo. Hay millones de Sierpes de acero para los rebeldes. Matan o inutilizan, si así lo desean. Como si unas vulgares, bandas metálicas estuviesen capacitadas para ver u oír, para captar la violencia o la rebeldía en las personas.

—¿Eso sucede aquí, realmente? —pestañeó Gaal, incrédulo.

—Así sucede, sí —miró a Ulnia—. Tú conoces a tu padre. ¿Fue obra suya ese invento diabólico de las bandas vivientes?

—No oí nunca hablar de algo así —se quejó ella—. Papá era siempre tan reservado... Ahora, debe dirigir a esa gente de metal, como, un jugador mueve las piezas de su juego favorito. O como se manejan unos muñecos. Es el gran amo de todos. El que sirve a las Máquinas, no sé si por soberbia, por demencia... o ya obligado a ello por los que fueron su obra y terminaron por ser verdugos.

—Olk, el gran cibernético traidor —comentó Novo—. No he visto por aquí a nadie que pueda ser él. En realidad, no he visto a nadie. Sólo se oyen voces metálicas, se mueven los robots de vigilancia, actúan los ojos electrónicos... Es cuanto precisan para tenernos a su merced, sin posibilidad de evasión o rebeldía colectiva.

—¿Y si no fuera por... esas bandas metálicas? —preguntó Gaal, pensativo.

—No sé. Entonces, quizá valdría la pena probar —aceptó Novo, encogiéndose de hombros—. Aunque este satélite parecen tenerlo tan controlado como tienen a Argos, o más aún. La conformidad es general, la ausencia de personalidad o de rebeldía, total. ¿Qué se puede hacer ante semejante estado de cosas?

—Me temo que riada. Ó muy poco, cuando menos, arriesgando además el todo por el todo.

—Eso es. Si se intenta una vez y se fracasa..., no habrá una segunda vez. Si soy yo, seré exterminado. Si es alguno de ellos, igual. Exterminio, esclavitud... Son los términos propios de un sistema absoluto como el de las

Máquinas. Una política destructora y negativa que, tal vez, las Máquinas no hayan sido las primeras en adoptar.

—Cierto —se lamentó Gaal, tristemente—. Hubo sistemas de gobierno así en Argos, hace ya tiempo de ello...

—No creo que se libre país civilizado alguno, de una cosa así —dijo lentamente Novo—. En cualquier caso, ahora el totalitarismo aquí es completo. E inexorable.

—De modo que... no se hará nada?—musitó Ulnia, con disgusto.

—Nada —la contempló largamente—. Siento defraudarte, Ulnia.

—Y para eso fuiste traído, aquí... —silabeó ella, tristemente. Se irguió con repentina belicosidad—. ¡Oh, Novo, esto no puede

tolerarse! ¡Si vosotros, los hombres, no tenéis valor para ello, yo, una simple mujer, me enfrentaré a esas Máquinas y las combatiré con mis manos! ¡Hermanos todos de Argos, alzaos y luchad, dejad de arrastraros como viles esbirros, como bestias de carga sin cerebro! ¡Vosotros, brillantes intelectuales, gente de mente desarrollada, apasionados y vencidos por sólo un puñado de chatarra! ¡Me dais asco y vergüenza, hermanos! ¡Si no vais a luchar, yo sí lucharé! ¡Hasta morir, si es preciso! Cuidado, Ulnia —avisó roncamente Novo—. Las Serpes...

—¡Aparta tú, Novo, hombre cobarde y sin valor! —gritó ella, exasperada—. ¡Esperábamos lo mejor de ti, y nos has defraudado a todos! ¡Sólo porque tienes miedo! ¡Miedo! ¡Miedo a unas simples hojas de metal con engranajes, malditos sean todos los robots del mundo!

Novo no pudo evitarlo. Nadie lo hubiera podido hacer. A medida que se excitaba, las serpientes de acero brotaban, flexibles y livianas, de todas partes. Caían sobre Ulnia, que gritó agudamente, y manoteó, luchando de modo suicida con ellas, manoteando rabiosa, en su arranque colérico.

Novo, a medida que ella se excitaba, observaba cómo las bandas ondulantes, flexibles, como dotadas de vida propia, apretaban más y más, en torno a las carnes suaves y tensas de Ulnia, obligándole a exhalar gritos de dolor.

Sólo cuando, extenuada, vencida por el ataque, cayó al suelo, sollozando con un histerismo que Novo desconocía en los serenos habitantes de Argos, las láminas vivientes soltaron a su presa y, como fantasmas que vuelven al amanecer a sus sepulcros, regresaron pausada, silenciosamente, a sus ranuras y escondrijos en suelos y muros.

Fascinado, lívido, Gaal había asistido al sorprendente espectáculo. Nadie, ni siquiera Novo, movieron un solo dedo en favor de la joven agredida. Ella, medio inconsciente, gemía en el suelo. Novo se agachó junto a ella, observó las huellas rojizas dejadas por las bandas de acero en el cuello, brazos y muslos de la hembra de platinada melena y Ojos dorados.

—Ulnia, no debiste hacerlo. Yo...

Ella no le dejó terminar. Alzó la cabeza. Su rostro, indignado, enfurecido, se encaró con el de él. Su voz sonó cortante, aguda:

—No me toques... ¡No me toques...! ¡Novo, vete lejos de mí, no quiero ni verte siquiera! ¡Y yo..., yo que soñé contigo como salvador de nuestro pueblo...!

De reojo, Novo advirtió que las serpientes metálicas culebreaban de nuevo, como saliendo otra vez de su letargo, a la voz excitada de ella. En su mente brilló una luz repentina. Estaba seguro, muy seguro de haber acertado.

Y si era así, había ya un adversario menos, a la hora de la verdad. Creía saber cómo burlar a las serpientes de acero...

Se retiró en silencio, apartándose de Ulnia. Gaal atendió a la joven, que sollozaba. La mirada del sabio, se cruzó con la sombría de Novo. Ninguno de ellos habló.

Pero Novo descubrió en los ojos de su maestro y amigo, una profunda expresión de dolor, de desprecio, de ira incluso.

Se habían derrumbado sus últimas esperanzas, depositadas en él, en Novo. Ahora, Gaal parecía completamente convencido de que su suerte, la de su planeta todo, estaba definitivamente echada.

Y el viaje a un mundo de dinosaurios, en busca de un ser capaz de enfrentarse a la amenaza de Argos, había sido, a juicio de Gaal, completamente inútil.

Pero eso, ya, no tenía remedio.

CAPÍTULO IX

EL trabajo en la galería era intenso. Como cada jornada.

Las hileras de hombres silenciosos, se pasaban los fragmentos de azukriptonia, de unos a otros, hasta un vehículo automático, que trasladaría el preciado mineral a los almacenamientos de las Máquinas.

Novo era uno de ellos. Y también Agak, y Gaal. E incluso Ulnia. El hecho de ser la hija del tirano o del traidor, no parecía pesar nada en beneficio suyo. Ni tan siquiera ella había visto aún a Olk, el cibernético unido a la rebelión de las máquinas.

Aquel día, hubo una visita inesperada en la galería.

Los altavoces sonaron metálicamente por doquier: —Atención, atención: escuchen todos los trabajadores en todas las galerías. Es importante. Atención, atención...

—Atención, atención: escuchen todos los trabajadores. Es importante. Atención, atención...

Una pausa. Todos dejaron de trabajar. Miraron a las invisibles rejillas que difundían la voz de metal, gangosa y monocorde. Esta prosiguió, tras el corto Silencio expectante:

—Atención a todos. Nuestro Cyborg X se dignará visitar a todos vosotros en el día de hoy. Nuestro amo y señor mecánico, suprema fuerza cibernética del Cosmos, os va a honrar con su presencia. Ello se deberá, principalmente, al agotamiento inminente de estos yacimientos de azukriptonia, lo cual provocará el traslado de los físicamente capacitados, a nuevos centros de trabajo en otras regiones más difíciles del satélite, no lejos de los cráteres volcánicos. Las demás personas, todas las ineptas físicamente, pasarán a formar un cuerpo especial para ser exterminado. En el sistema de las Máquinas, no caben los inútiles. ¡Todo humanoide ha

de ejercer una actividad, hasta no ser útil y morir! Estáis advertidos de que cualquier error, cualquier rebeldía en la visita de Cyborg Equis, será pagada con la muerte instantánea e inapelable.

Se terminó el mensaje. Un clamor de quejas plañideras se elevó de los más débiles y agotados, ante el fatal destino a que se veían abocados. Novo, con sus poderosos músculos, hinchados por el esfuerzo, les contempló patéticamente, en silencio.

Él no estaba en ese trance. Le sobraban aún fuerzas. Pero no era posible ver el sacrificio, el genocidio de toda una civilización, sólo porque los cautivos no estuvieron capacitados para trabajar en galerías volcánicas.

Siguió el traslado inmutable de fragmentos de azukriptonia. Cuando Cyborg Equis estuvo cerca, la voz metálica avisó, sobre el fondo de una ululante sirena:

—¡Atención todos! ¡Atención! Dejad de trabajar. Detened toda actividad. Manteneos ante vuestro amo y señor callados, sumisos, obedientes. Sólo así conservaréis la vida. Sólo así, los ineptos morirán sin dolor. Los que desobedezcan las órdenes, perecerán víctimas de terribles torturas físicas y mentales. Atención... ¡Llega vuestro amo!

Fue grotesco. Pero alucinante y terrible a la vez.

Tanta farsa, tanta espectacularidad... para ver entrar a una vulgar máquina, a una especie de gigantesco robot, tan alto como dos hombres juntos. Una caja vertical, metálica, sobre un sistema rodante, de acero silencioso, bien engrasado. En su frontal, luces parpadeantes, una especie de panel que recordaba el ojo de una mosca, con sus cien ventanillas poliédricas... Y dentro de ese poliedro parpadeante, una luminosidad verdosa, lívida.

Aquella máquina poseía vida. Pero además, tras ella, venía una gran legión de robots en formación militar. Y al lado de la máquina... un ser humano.

Ulnia le reconoció en seguida. Un grito de, dolor y angustia brotó de sus labios:

—¡Padre! ¡Tú...!

Gaal corroboró, con ojos dilatados, con voz ronca, impresionada:

—Tu... Profesor Olk, genio de la Cibernética... ¡Monstruo de traición!

Olk, pequeño y de cráneo muy desarrollado, grandes ojos

glucosos, expresión vacía e inmutable, se limitó a contemplar a su hija, indiferente. Luego, a Gaal. Finalmente, a Novo, que destacaba, por su físico, de entre todos los humanoides rapados de Argos.

—Yo sirvo a Cyborg Equis —dijo fríamente, como un robot más, mecánico y sin emociones—. Lo que él decida, eso se hará. He dejado de ser uno de vosotros hace tiempo. Mis Máquinas me necesitan. Y yo se lo debo todo a ellas. Habla, Cyborg Equis... —Asqueroso demente —jadeó con ira Gaal.

Y varias sierpes de acero se agitaron, amenazadoras, en torno al sabio. Gaal se dominó. Ulnia dio unos pasos, extendiendo patéticamente sus brazos.

—Padre... gimió—. Padre mío, entiéndelo... Ven a nosotros, permanece al menos con tu hija, aunque sea lo último que hagas por mí en esta vida...

—Callad todos —era la voz metálica, inexpresiva, de Cyborg X, saliendo del interior de la caja metálica en movimiento—. Tú, mujer, eres, débil y frágil de fuerza. No sirves. Irás con los demás, a los campos de exterminio.

—¡No! —chilló ella, horrorizada—. ¡Oh, no! ¡Padre, no puedes permitir eso, no puedes dejar que una hija tuya... muera sentenciada por una máquina!

—Lo siento. No eres nadie para mí —recitó Olk, inmutable—. Cyborg X ha hablado. Él es la Ley y la Justicia de Argos y sus lunas. Nada puedo hacer por ti, mujer.

—¡Es tu hija! —rugió Gaal, furibundo—. ¿Serás capaz de tal monstruosidad, cerdo?

Y saltó hacia Olk, decidido.

Novo vio el movimiento de las bandas metálicas. También captó el rápido centelleo de luces en el panel parpadeante del robot Cyborg X. Rápido, intervino antes de que fuera demasiado tarde.

Saltó sobre Gaal. Se interpuso en su camino. Le descargó un golpe seco en el rostro. Gaal cayó de rodillas, aturdido. Ulnia gimió algo, y se desmayó.

Las bandas metálicas bailotearon amenazadoras en derredor de ellos, rozaron incluso a Novo, aunque sin adherirse a él... Los parpadeos de luz en el ojo poliédrico de Cyborg Equis, aumentaron en intensidad y fuerza.

—Ese hombre te debe la vida —dijo a Novo—. De no mediar tú,

estarías aniquilado ya. ¿Eres tú el hombre de otros mundos?

—Si, soy yo —afirmó Novo, jadeante. .

—Eres muy fuerte. Tengo informes sobre ti. Todo perfectamente computado. Tú no te agotas. No te cansas. Eres útil para el trabajo. Pero no sólo trabajas. Eres observado, vigilado, estudiado. Queremos saber cómo es y cómo reacciona tu especie. Eres diferente a los humanoides de Argos. Hasta no tener todos los datos sobre ti, no me detendré. Me gusta conocer a fondo a mis enemigos. Tú eres mi enemigo.

—Claro que lo soy —afirmó Novo, audazmente.

—Mentir no te hubiera servido de nada. Sabemos lo que pretendes. Sólo que no vamos a dejarte actuar. Y empiezas a darte cuenta de que no eres tan fuerte ni tan poderoso como imaginabas, ¿no es cierto?

—No lo sé —dijo Novo, con expresión de disgusto—. Además, no me gusta hablar con un trozo de simple metal.

—¡No soy un trozo de metal! ¡Soy la computadora más perfecta que jamás se hizo! ¡Un cerebro electrónico sin un solo fallo! Yo, Cyborg Equis, decidiré ahora quiénes han de morir ejecutados, y quiénes no... Veamos. Alineados así. Tú..., tú..., tú...

Inexorable, la máquina señalaba a los elegidos para la exterminación. Dóciles, vencidos, sin resistir siquiera, iban dejándose agrupar los débiles. Novo supo que ni siquiera reaccionarían hasta la muerte.

Gaal se había recuperado. Atendía a Ulnia, sin mirar siquiera a Novo. Este se limitaba a contemplar a Cyborg X y a su leal servidor, el profesor Olk. La siniestra selección, continuaba inexorable.

Así, hasta que estuvieron señalados todos los que debían morir, para mantener solamente a los más fuertes... hasta una nueva masacre.

Y de entre esa gente elegida para morir, Ulnia era uno de ellos. Y Olk, su padre, ni siquiera reaccionaba ya como un ser humano. La suerte de su hija le tenía perfectamente sin cuidado.

* * *

—Ellos no te comprenden, hermano. Te odian, te desprecian, sin advertir que es imposible hacer nada en favor de nadie. Ya lo entenderá alguna vez tu amigo Gaal. Pero ella, la pobre muchacha...

Agak enmudeció, prosiguiendo la tarea. Era el último túnel ya.

Pronto la vagoneta automática estaría repleta de mineral de azukriptonio, en grandes bloques azulados, luminiscentes. La savia nueva para las Máquinas, iría a los almacenamientos, una vez más.

Y luego, a seguir buscando. Una mina, otra, otra... Hasta el fin de los días. Hasta que las Máquinas tuvieran asegurado su porvenir de energía. Al precio de sangre, de vidas humanas incontables.

Ulnia, junto con los millares de condenados de aquella galería, esperaban en hilera, patéticamente silenciosa ella también, el momento del traslado a las zonas de ejecuciones masivas.

—Se hará justicia cuando se complete la explotación de esta última galería —avisó la voz metálica—. Estén preparados todos los elegidos para el exterminio. Nadie cometa error alguno, o nuevas víctimas se unirán a las elegidas.

Ulnia cruzó sus ojos con Novo. Los retiró, despectiva. El hombre de la Tierra no hizo gesto alguno. Se limitó a contemplar el último trozo azul, de mineral radiactivo, que pasaba a sus enguantadas manos, camino de la vagoneta metálica, a punto de partir.

La mirada de Novo brilló. Había hecho una brusca, repentina presión con sus dedos, en un extremo del mineral. Este, a la presión de sus dedos, cedió, quebrándose como si fuese vidrio, y dejando simples cristalillos de azúcar. Dejó caer el polvo, pensativo.

—Agak, una pregunta —musitó.

—¿Sí? —indagó su veterano compañero, encabezando también el nutrido grupo para la ejecución. La indiferencia era ya muy acusada en el anciano; Ya todo le daba igual en la vida.

—El azukriptonio... ¿cómo lo utilizan ellos? ¿Lo viste alguna vez, hermano?

—Lo aplican a sus baterías y sistemas motrices. Genera una energía formidable, y eso supone como renovar su corazón, o cosa parecida, por otro nuevo y vital. ¿Por qué lo preguntas?

—Se me ocurrió algo... ¿Cómo se aplican el azukriptonio? ¿Pulverizado, en pequeños trozos, trabajado de alguna manera?

—Trabajado, sí. Pero en bloques. Si no actúa en un bloque del tamaño de una mano, aproximadamente, en forma rectangular, su energía se diluye. Pulverizando, no vale nada. Cuando hallamos polvo de azukriptonio, tenemos orden de abandonarlo. Su propiedad energética se diluye al ser pulverizado o quebrado.

—Comprendo —los ojos de Novo brillaron, astutos—. Eso era

todo, gracias, amigo Agak.

—No tienes que agradecerme nada. Yo sé que intentarás algo alguna vez, no sé cuándo. Pero lo intentarás. Para ese día, sólo suerte te deseo, amigo. Aunque yo no exista ya.

—Debo hacerlo antes, Agak —susurró él.

—¿Antes? No te entiendo...

—Antes de que tú mueras.

—Oh, no. Es imposible —rechazó, sonriente, el anciano—. Moriré dentro de poco tiempo. Estoy cansado de vivir y de trabajar así. Ha llegado mi hora. Y casi_ me alegro de ello. Lo lamento por los demás, por esa chica, hermosa y joven, sobre todo...

—Ulnia... —Novo asintió—Sí. Por ella lo haré yo. Antes de que sea demasiado tarde...

—Cuidado, Novo. No te arriesgues en vano. No hallarás una segunda ocasión. Y morirás sin remedio, si fracasas...

—Lo sé. Tengo mi idea. Y voy a desarrollarla. Si no me he equivocado en mi teoría, nadie impedirá que haga lo que deseo.

—¿Nadie? ¿Olvidas a las Sierpes de metal viviente? En cuanto pretendas huir, salir de aquí, luchar, rebelarte... ellas actuarán. Y son implacables, tú lo sabes.

—Quiero comprobar algo —sonrió Novo—. ¿Atacarán las serpientes metálicas..., si uno no se violenta, ni se enfurece, ni hace movimiento brusco alguno?

—No entiendo... —pestañeó Agak—. Supongo que de igual modo...

—Bien; Eso es lo que vamos a ver. Presta atención. No habléis ninguno. No hagáis nada brusco. Sencillamente... mirad.

Y entró en acción Novo.

Era una acción decisiva. El principio de la lucha. De la libertad y la vida. O de la muerte definitiva.

Empezó. Y ya no podía volverse atrás.

CAPÍTULO X

NOVO obró con una naturalidad pasmosa.

Fue hacia Ulnia y Gaal. Los tomó de la mano, ordenándoles con el gesto serenidad, docilidad y silencio ante todo. Ellos le miraron, asombrados, luchando contra el rencor que ahora sentían hacia él.

Los demás, testigos mudos de la escena, no parecían entender nada. Seguían su tarea, indiferentes, sin preocuparse por ellos apenas, salvo para mirarlos curiosamente.

—En cualquier momento..., saltarán esas malditas sierpes —jadeó Agak, pesimista, mirando con aprensión a los muros, al suelo lleno de ranuras.

Novo sonrió. Se acercó a él. También le hizo un gesto. Apartáronse los cuatro, formando un reducido grupo. No ocurrió nada. Novo habló, con la mayor suavidad, a medio tono, con lentitud y serenidad. Sin la más leve excitación, sin un sonido o un movimiento brusco de ningún género. Sencillamente, obrando como si todo aquello fuese lo más natural del mundo:

—Ahora, vamos a marcharnos —sonrió—. Los cuatro. Tranquilamente, sin, alborotar, sin hablar en voz alta, sin gesto violento alguno.

—Pero..., pero no puede salir bien... —gimió Gaal, haciendo esfuerzos por mantenerse sereno.

—Creo que sí saldrá bien. Al menos, en tanto sigamos así, sin excitaciones, sin gritos, sin violencias.

—Pero... ¿en qué té fundas para esperar algo así? —musitó Ulnia, escéptica.

—En que esas bandas magnéticas son sólo eso: magnetismo puro —explicó calmoso Novo, camino del fondo de la galería, ante la mirada atónita de los demás—. Su carga electromagnética está

adaptada a algo normal en una rebelión: movimientos bruscos, gritos, instantes de exaltación... Es sensible a todo eso. Y la banda magnética actúa. Pero si haces todo eso sin excitarte, sin provocar la sensibilidad de la banda de acero... esta sigue quieta. Era sólo una teoría, y acabo de comprobarla. Ya veis: no intenta detenernos ninguna de ellas. .

—Pero la vigilancia de los robots, sus ojos electrónicos... — argumentó Ulnia..

—Creo que todo eso no es tan infalible como ellos creen. Actúa de modo parecido. Si no provocamos una hipersensibilidad en los circuitos programados para reprimir acciones violentas... nada sucede. Y nada detectan las Máquinas. Es lo malo de tener una mente programada. Fuera de su programa, por mucho que crea pensar..., no piensa apenas nada.

—¿Ni siquiera... Cyborg Equis? — se estremeció Gaal.

—Eso es diferente. Se trata de una máquina superior, poderosa, llena de inteligencia. Casi una mezcla perfecta de humano y de robot. Confíemos en que no se cruce en nuestro camino. No aún...

—Pero... ¿y después? ¿Qué haremos, si logramos salir de aquí? —se interesó Ulnia.

—Hacen falta dos cosas: escapar. Y dejar a los robots sin energía vital. Sin azukriptonia, su muerte es segura, a corto plazo.

—Tienen repletos sus almacenes.

—Lo sé —estaban parados ante una vagoneta repleta de piedras azules del preciado mineral energético. —Señaló a la vagoneta—. Subid. Sin violencias, recordad. Suavemente. Sin hablar ya nada. Nos iremos con ella.

—¿Adonde?

—Imagino que a un lugar: el almacén de azukriptonia precisamente... Recordad que estas vagonetas son automáticas, y van a su propio almacenamiento.

—Supongamos que llegamos allí. ¿Qué haremos, rodeados de azukriptonia? —indagó Gaal, dominando su nerviosismo del mejor modo posible.

—Eso... lo veremos una vez allí —fue la enigmática respuesta de Novo—. Subid. Yo voy el último. Recordad; ocurra lo que ocurra, ni un grito, ni una exclamación, ni un momento de excitación. De eso depende todo en estos momentos...

Asintieron todos ellos. Subieron encima de la vagoneta. Esta, automáticamente, al estar totalmente cargada, se puso en funcionamiento.

Rodó sobre la única vía que le servía de ruta. El vehículo monorraíl cruzó unas puertas batientes, al fondo de la galería, por la que sólo el vehículo de carga podía pasar. Esta vez, con cuatro cuerpos humanos arracimados dentro, sobre la azukriptonia... que las manos poderosas de Nova iba, entretanto, triturando hasta dejarlo convertido en simple polvo, inútil para reactivar el organismo mecánico de los robots. .

Penetraron en un túnel oscuro, largo, profundo. El deslizamiento de la vagoneta se hizo más rápido. Novo estiró sus dedos. Tocó el brazo de Ulnia. Lo apretó.

—Recuerda —musitó—. Ni un grito, ni un movimiento. Nada, Ulnia.

—Sí, Novo, entiendo... ¿Podrás perdonarme alguna vez, por haber pensado que tú no...?

—Calla. No digas nada ahora. No debemos sobreexcitarnos por motivo alguno. No tienes nada que decirme. Yo no podría revelar mis proyectos antes de tiempo. Y aun ahora, actuamos precipitadamente, a causa de esa sentencia exterminadora de Cyborg Equis. Dios quiera que todo salga bien.

«Saldrá, Novo —habló la voz de Gaal—. Ha vuelto la fe a mí. Sé que lo harás, amigo.

—Quisiera tener la seguridad —musitó Novo, en el momento en que aceleraba la vagoneta su marcha vertiginosa, túnel adelanté...

* * *

Estaban ya allí. El almacén...

El gran almacén de azukriptonia. Bloques y bloques ya cortados cuidadosamente, en formas rectangulares, poliédricas, del bello mineral radiactivo y enérgico. Cada uno de esos bloques, era la vida para un robot, durante un largo tiempo. Había miles de esos bloques.

—¿Y bien...? —musitó cansadamente Gaal, bajando de la vagoneta, en medio del vasto recinto vacío. Unas pinzas automáticas surgieron del muro, rastreando en el vagón. Al hallar simplemente polvo de azukriptonia, las pinzas se retiraron, un rótulo luminoso marcó el registro de ingreso de mineral, en un

panel automatizado también: "NEGATIVO. CARGA NULA".

—Ahora, vamos a actuar a nuestro modo —habló Novo—. Ya es el momento adecuado de poner más energía en la acción. Vigilad los accesos. Yo me ocuparé del resto.

Se inclinó. Una tubería metálica corría a sus pies, junto al muro. Las titánicas fuerzas de Novo entraron en acción. Tiró de la tubería, la arrancó. Sus dedos nervudos, poderosos, quebraron el tubo. Empezó a salir fuego de allí. Un intenso frío artificial, sin duda el que mantenía las estancias del satélite donde residían las Máquinas, a temperatura ambiente, que no alterase la estructura de los metales de los robots.

Con la barra obtenida, fue a las pilas de azukriptonia. Ante la mirada de asombro de todos, comenzó a golpear rabiosamente. El mineral se iba deshaciendo, pulverizándose, convirtiéndose en simples vidrios, hasta alfombrar suelos, estanterías, y cubrirlo todo de su bello azul cristalino...

La tarea precisaba de mucho tiempo. Había muchos bloques de azukriptonia allí. Pero Novo, el único ser humano en Argos que podía hacer tal cosa, dada su fuerza física formidable, siguió adelanté incansable. Machacando, machacando siempre...

Hasta que en el panel automático apareció un rectángulo rojo de luz, y una indicación, también en letras rojas:

"¡ALARMA! ¡ESCAPAMOS CUATRO HUMANOIDES DE LA ULTIMA GALERÍA!"

Se miraron ellos. Muy fijamente.

—Creo que pronto nos localizarán —dijo Novo—. De modo que vale más anticiparse, y ser nosotros quienes localicemos ante ellos.

—¿Te has vuelto loco? —masculló Ulnia—. ¡Vendrán aquí a buscarnos!

—Ya lo veremos —sonrió Novo, combativo—. Ya veremos...

Luego, se inclinó sobre los controles automáticos del almacén. Examinó por encima los controles. Marcó unos pulsadores de tecla. Esperó. Luego, comenzó a hablar con voz clara y potente:

—Aquí, almacén de azukriptonia. Habla Novo, el hombre llegado de otro planeta. Hablo a Cyborg Equis o a quien en su lugar se halle aquí. Es urgente la llamada. No intenten nada. Estamos en el almacén, repito. Puedo destruir la totalidad de azukriptonia. Ya lo hice con gran parte de ese mineral. Pero queda una pequeña

reserva intacta. De vosotros, robots, depende que lo destruya o no...

Hubo un dramático, tenso silencio.

Luego, de repente, en la pantalla de la computadora apareció la efigie metálica y de parpadeantes luces que era la caja de acero en movimiento llamada Cyborg Equis...

—Noticia recibida —dijo fríamente su metálica voz—. Habla, hombre de otro planeta. ¿Qué pretendes?

—Salir con vida de este asteroide. Y la libertad de TODOS los humanoides de Argos. Inmediata, ¿entiendes?

—Pides demasiado —replicó la Máquina—. ¿No comprendes que puedo destruirlos a todos?

—Destruirás también tu azukriptonia. Y no abunda tanto como para renunciar a ella. Os quedarías sin reservas. Sería tu fin. Y el de tu gente de metal.

—Si hago lo que decís, volveréis a esclavizarnos. Habremos perdido el poder...

—Pero sobreviviréis. Si tanto estimáis la vida, vale más vivirla sometidos, que no perecer sin energía.

—Es posible que acepte. ¿Qué garantías tengo de que respetarías la azukriptonia restante?

—Ninguna garantía. Debes fiarte de mi palabra. Sólo eso.

—Cuidado —silabeó Gaal—. A lo mejor ellos, una vez salvada la reserva imprescindible, obran con falsedad...

—Lo tengo en cuenta. He tomado mis medidas para eso —sonrió Novo! Y, volviéndose hacia el visor, añadió—: Las reservas imprescindibles de azukriptonia, quedarán en mi poder, en tanto no se cumpla todo lo pactado y estemos de vuelta en Argos, en Metrópolis, y ésta recupere la normalidad. Entonces iréis recibiendo vuestro suministro energético. Es condición indispensable para pactar, Cyborg.

—No me gusta pactar con un humanoide. .

—No te queda otra alternativa —replicó él, secamente—. Elige. O destruiré todo, si no hay respuestas inmediata.

—Conforme —susurró Cyborg Equis—. Has ganado, humanoide. No toques la azukriptonia. No destruyas una sola dosis más. Pronto estarán todos libres. Y os hallaréis camino de Metrópolis.

—Tú serás nuestro rehén hasta terminar el, viaje —avisó Novo—. Y también el profesor Olk...

—¿Eso es una exigencia más?

—Sí. La última, Cyborg.

—Conforme... —en la voz metálica había incluso odio—.
Conforme, maldito seas ...

Y se borró la imagen del visor.

CONCLUSIÓN

—SIEMPRE imaginé algo así—dijo gravemente Gaal. Se apartó del inexpresivo, rígido profesor Olk, compañero en la supernave especial donde millares de humanoides de Argos eran reintegrados a su mundo, a sus ciudades y alojamientos, tras las precauciones adoptadas para que la luz repentina no les cegase.

—¿Qué imaginaste? —preguntó Ulnia, volviéndose al sabio.

—Que tu padre no era responsable de sus actos. Está sometido, como en trance hipnótico. Creo que operaron su cerebro. Lleva dentro células electrónicas, controladas por alguien.

—Por. él —Novo señaló al inmóvil, medio agotado Cyborg X, cuyos parpadeos de luz en ojo poliédrico, eran muy débiles ahora—. Cyborg Equis controlaba a Olk, no el sabio a su máquina. Ahí estaba parte del error...

—¿Parte? —Ulnia se acercó a él, con expresión dolorosa—. ¿Hay algo más, Novo?

—Me temo que sí —se acercó a Cyborg—. No creo que sea una máquina.

—¿Qué?

—No es una computadora, ciertamente. Es sólo un disfraz. Aparenta ser una máquina. En el fondo, casi lo es. Pero no del todo. ¿No es cierto... AGHORN?

Cyborg Equis se agitó débilmente. Novo se inclinó rápido, manipuló la caja metálica. Al lograr desencajarla, tiró de ella. Cayó a un lado lo que solamente era un envoltorio repleto de controles, visores y mandos. Dentro, el medio cuerpo metálico de Aghorn el científico. Y su otro medio cuerpo humano.

—Me... agoto... —Jadeó Aghorn, débilmente, mirando a todos desde su medio tronco humano—, Azukriptonia, Novo... Tu... la

prometiste... Mi batería... se extingue... Y vivo gracias... a mi parte metálica. Sería... como dejarme... morir...

—Lo sé —Novo tomó un fragmento de azukriptonia del recipiente hermético en que la trasladaban—. Toma, Aghorn.

Ávidamente, como el sediento que pide agua para no morir deshidratado, Aghorn tomó aquella pieza azul, la encajó en su parte metálica. Rápidamente, cobró vida, empezó un tenue zumbido en su mitad inferior metálica. Respiró con alivio.

—Gracias —musitó—. Gracias, Novo...

—Es mi palabra. Pero no eres una máquina, Aghorn. Serás juzgado como culpable de la rebelión de los robots... y todo, lo demás.

—Aghorn... —suspiró Ulnia, incrédula—. De modo que era él...

—Sí, era él. Preparó la rebelión de las máquinas, se hizo un ser poderoso, que no podía señor ya nunca en llegar a ser, en su lamentable estado actual. Siempre manipuló él aquel complot, a espaldas de todos... Pero ha sido vencido por sus propias armas.

—¿Cómo supiste qué Aghorn... era Cyborg Equis? —quiso saber Gaal, admirado.

—No lo sabía. Lo sospechaba solamente. No me parecía una máquina auténtica. Reaccionaba..., como un hombre. Y las máquinas, incluso las mejores..., no son tan perfectas, para ser exactos...

Ulnia se acercó a Novo. Le miró. Apoyó sus manos en las de él.

—Novo... —susurró—. Novo, ¿y ahora? ¿Qué harás? ¿Regresar a tu mundo?

—No —negó él—. No creo que valga la pena regresar junto a dinosaurios y hombres de la Prehistoria. Ya que alguien me situó en el camino de un destino nuevo... lo aceptaré tal como es.

—¿En Argos?

—En Argos, sí. Después de todo, acaso me necesitéis alguna otra vez.

—Estoy segura de que si —afirmó Ulnia—. Te necesitaremos. Yo, sobre todo. Te debo tanto...

—Olvídalo, Ulnia.

—No podré. Arriesgaste todo... por salvar mi vida. Agak me lo dijo.

—Tenía que hacerlo, Ulnia. No podía dejarte morir.

—¿Porque soy joven?

—No. Porque eres mujer... —sonrió él, significativo.

Y hombre y mujer se miraron. Como siempre se mirarían, en uno o en otro planeta.

FIN